

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
Departamento de Literatura

Los siete locos de Roberto Arlt

Los sujetos liminares en la sociedad moderna

Informe Final de Seminario para optar al Grado de Licenciado en Literatura

Alumno:

Luis San Martín Arzola

Profesor guía: Cristián Cisternas Ampuero

[2010]

Dedicatoria . .	4
Reseña . .	5
I.- Introducción . .	6
Objeto de estudio . .	6
Objetivos principales . .	7
Objetivos secundarios . .	7
Hipótesis . .	7
Marco teórico . .	8
Para empezar . .	11
II.- La literatura hispanoamericana y Roberto Arlt . .	14
II.1 La generación literaria de Roberto Arlt según Cedomil Goic . .	14
II.1.1 El Superrealismo . .	14
II.1.2 La generación de 1927 . .	16
II.2 La generación literaria de Roberto Arlt según Ángel Flores . .	18
II.2.1 <i>El juguete rabioso</i> (1926) como antecedente en la generación de 1910-1939 . .	18
II.2.2 La generación de 1940-1969 . .	20
II.3 El ambiente cultural de la época de Roberto Arlt según Eduardo Mallea . .	21
III. La sociedad moderna y Roberto Arlt . .	24
III.1 La sociedad moderna según Marshall Berman . .	24
III.2 El Buenos Aires de Roberto Arlt . .	26
IV. El existencialismo y Roberto Arlt . .	30
IV.1 El existencialismo, el decadentismo, el escepticismo y el activismo según Norberto Bobbio . .	30
IV.2 El hombre rebelde de Albert Camus . .	32
IV.3 El existencialismo es un humanismo de Jean Paul Sartre . .	34
V. Análisis . .	37
V.1 Los sujetos liminares . .	37
V.2 ¿Apropiación de la sociedad moderna? . .	53
VI. Para terminar . .	59
Bibliografía . .	61

Dedicatoria

Para Valeria, sin cuyo apoyo estas páginas no serían tales.

Reseña

La presente tesis refiere a los sujetos liminares de *Los siete locos* (1929) de Roberto Arlt, su definición y su presencia como tales en las afueras de la sociedad moderna. Así, tiene como objetivo principal el tratar de demostrar la apropiación de ella –o no– por parte de las estrategias que componen la sociedad secreta creada por el Astrólogo, Augusto Remo Erdosain, El Rufián Melancólico y los demás protagonistas de la novela, dando cuenta y prestando central atención en diálogos y sucesos de la trama del texto, los cuales nos llevarán a una postulación final a propósito de la problemática a tratar y su solución.

Para lograr lo anterior, en la tesis se instalará al autor en generaciones determinadas según Cedomil Goic (*Historia de la novela hispanoamericana*) y Ángel Flores (*Narrativa hispanoamericana, 1816-1981, v.3* y *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981, v.4*), además de presentarse una breve interpretación de aspectos atinentes del testimonio de uno de los compañeros de generación de Arlt, Eduardo Mallea, con su *Historia de una pasión Argentina*, texto muy vinculado con el sentir cultural de la era de Arlt. La sociedad moderna se mostrará por medio de los preceptos ilustrados por Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, con el complemento de las crónicas urbanas publicadas por Arlt en periódicos de la Argentina, como las *Aguafuertes porteñas* y las *Nuevas aguafuertes*. Con respecto a los personajes y a la caracterización del ambiente espiritual de la época en la cual se escribió y está inserto el libro y, por lo tanto, los sucesos acaecidos en él, se usarán los siguientes textos: *El existencialismo* de Norberto Bobbio, *El hombre rebelde* de Albert Camus y *El existencialismo es un humanismo* de Jean Paul Sartre. Por último, en el análisis y capítulo final de la tesis, se dará cuenta de una caracterización de los sujetos liminares, sus motivaciones, los medios utilizados por ellos para intentar apropiarse de la sociedad moderna y la efectividad de tales construcciones, apoyándonos en el ensayo *Mundos que renacen. El héroe en la novela hispanoamericana moderna* de William Siemens y en el artículo *Una aproximación a Los siete locos y Los lanzallamas* de la *Revista Descontexto*, N°2, por Rojas González, para llegar finalmente, como dijimos, a una interpretación y conclusión propia como resultado de la investigación.

I.- Introducción

No puedo darte laburo puedo tratar de entenderte. Y si algún primo te da un chumbo ya tenés más claro el rumbo.

Andrés Calamaro

Antes de comenzar con el análisis y desarrollo del tema es necesario fijar y particularizar el objeto de estudio que nos convoca, por lo cual en los párrafos posteriores, y con el fin de dar inicio al estudio, nos atenderemos a definirlo y describirlo en sus características específicas. Luego de ello, indicaremos los objetivos principales y secundarios que pretenden alcanzarse por medio de esta investigación, seguido de la hipótesis, como punto centrífugo del cual nacen los conceptos y pensamientos propios que se quieren mostrar. También el marco teórico, pilar fundamental al momento de apoyarse en las ideas que son basales para acercarse a los problemas que se han querido abordar o bien los que han ido apareciendo en la marcha, además del eventual planteamiento de nuevas cuestiones sobre el tema. En el final de este preámbulo se encontrarán las palabras cuya tarea es servir de entrada al trabajo, tomando la función de contextualizar todos los aspectos externos que rodean el estudio: las motivaciones para construirlo y el modesto aporte al estudio literario que se busca con las palabras que empiezan a escribirse a continuación.

Objeto de estudio

La tesis a desarrollar se basa en la novela ya mencionada en el título, *Los siete locos* (1929) del escritor argentino Roberto Arlt (1900-1942). El ejemplar del libro a utilizar para los fines a conseguir tiene 351 páginas, está impreso por la editorial Losada, 49ª reimpresión, año 2004.

El texto en sí consta de un prólogo de la hija del autor argentino, la cineasta Mirta Arlt, y de tres grandes capítulos: Capítulo I (pp. 21-135); Capítulo II (pp. 137-167); Capítulo III (pp. 169-351). Asimismo, éstos se dividen en subcapítulos con títulos de corta longitud que hacen referencia a los sucesos acaecidos en ellos. De estos mismos escogeremos algunos en específico como instrumentos principales a usar para el análisis, sin que esto signifique no acatar a los capítulos no nombrados, utilizando aquellos para complementar el desarrollo del trabajo. Dentro del primer gran capítulo nos centraremos en: “Estados de conciencia”, “Un hombre extraño”, “Los sueños del inventor”, “El Astrólogo”, “Las opiniones del Rufián Melancólico”, “‘Ser’ a través del crimen” y “La propuesta”. Dentro del segundo gran capítulo no tomaremos citas a grandes rasgos, debido a su corta longitud con respecto a los otros y a que el desarrollo de los sujetos liminares en ellos es menor. Por último, dentro del tercer gran capítulo, utilizaremos “El látigo”, “Discurso del Astrólogo”, “La farsa”, “El Buscador de Oro”, “La Coja”, “Dos almas”, “Un crimen”, “Sensación de lo subconsciente” y “El guiño”.

Las subdivisiones fueron seleccionadas con el fin de que en el análisis del texto en particular y en el desarrollo de la tarea en general queden en evidencia los rasgos más relevantes de los personajes de *Los siete locos*, es decir, de los sujetos liminares, además

de los orígenes de los medios de apropiación de la sociedad moderna por parte de la sociedad secreta construida por ellos en la novela, y con esto, los conceptos preliminares y bases en las cuales ella su forja, las ideas personales de sus creadores, su razón de ser y las motivaciones específicas de los personajes del relato para llevar a cabo la constitución de tales medios.

Objetivos principales

- Caracterizar en profundidad a los sujetos liminares de la novela.
 - Explicar qué es la sociedad moderna según los estudios que se considerarán y cómo ésta se hace importante en el texto.
 - Precisar los estímulos y las motivaciones específicas que llevan a los sujetos liminares en busca de su objetivo.
 - Analizar cómo y en qué medida los sujetos liminares tienen posibilidades de apropiarse o no de la sociedad moderna a través de los medios que ellos mismos construyen.
 - Explicar en qué consisten tales medios de apropiación y su proceso de gestación.
 - Describir el proceso por el cual pasan los individuos limítrofes que se apropian, o no, de la sociedad moderna
 - Describir la influencia de la sociedad moderna y burguesa en el estatus psicológico de los sujetos liminares.
 - Concretizar la dicotomía locura/cordura en relación con la novela, a partir de su título y el corpus escogido.

Objetivos secundarios

- Dilucidar la relación directa o indirecta con la filosofía existencialista en la caracterización y perspectivas de los personajes descritos por Roberto Arlt.
 - Analizar cómo la disciplina sociológica singulariza las características de la sociedad moderna mostradas en la novela.

Hipótesis

La hipótesis de esta investigación se centra en los sujetos liminares de *Los siete locos* de Roberto Arlt, considerando a éstos como individuos que están en los límites de la sociedad moderna y en las afueras de una sociedad burguesa aparentemente organizada, dos sistemas que son las responsables de alejarlos del centro bien constituido, en el cual se encuentran las instituciones establecidas que ostentan el poder y la capacidad de ordenación, cobijando bajo su sombra a las personas –radicalmente distintas a los hombres

de esta novela- que conforman estas instituciones. Es por ello que, junto a lo anterior, analizaremos los intentos de apropiación de esta sociedad moderna imperante por parte de los sujetos liminares de la novela *Los siete locos* de Roberto Arlt, ya que tales intentos se fundan en el punto en el cual confluyen los razonamientos y sentimientos compartidos que tienen los personajes de la historia relatada: ir en contra de la sociedad y, por lo tanto, de la cultura burguesa de la época, con el norte claro de agitarla y crear poco a poco, a partir de su propia construcción de una sociedad secreta, una sociedad nueva. Esta imaginada nueva sociedad posee configuraciones específicas, hijas de la imaginación de los siete locos, cuyo máximo referente ideológico es el Astrólogo, sujeto liminar desde el cual fluyen todas las ideas originales y puntuales de la comunidad descrita en el texto.

Así, a través del concepto transversal del término “sociedad moderna” y del análisis textual de los personajes en tanto sujetos liminares, intentaremos llevar a cabo los objetivos más arriba mencionados. En cuanto al término transversal, fijaremos el concepto “sociedad moderna” desde variadas aristas, ya sean históricas, económicas, políticas o sociales, relacionadas todas ellas con el desarrollo de la cultura propiamente tal, según los preceptos de Marshall Berman en la introducción de *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. En cuanto a los personajes o sujetos liminares, éstos serán caracterizados fundamentalmente según las marcas textuales específicas, es decir, las particularidades otorgadas por el narrador, la voz y el actuar propios de cada uno, todos ellos factores que convierten a la novela en una novela contemporánea, según varios puntos considerados por Cedomil Goic en *Historia de la novela hispanoamericana*, además de la variable central según la cual el narrador se focaliza constantemente en los pensamientos de cada uno de los personajes, predominando por sobre ellos las turbulencias mentales de Erdosain y, a ratos, del Astrólogo. En segundo lugar, los personajes serán descritos en principio según las cualidades que les confiere William Siemens en el capítulo que refiere a *Los siete locos* en su libro *Mundos que renacen. El héroe en la novela hispanoamericana moderna* y según el artículo *Una aproximación a Los siete locos y Los lanzallamas* de la revista *Descontexto*, N°2, relacionándolos de manera directa con la sociedad moderna a nivel macro y con su proyecto de acción más importante, la sociedad secreta que ellos planean gestar, prestando atención, en este último caso, a los rasgos distintivos de tal proyecto colectivo.

Marco teórico

Biografía del autor

Para comprender las obras de Roberto Arlt es preciso conocer razonablemente su vida, la cual, naturalmente, influyó bastante en su obra, especialmente en novelas como *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), la que analizaremos en esta investigación, *Los lanzallamas* (1931), su continuación y *El amor brujo* (1932), entre otras.

El nombre completo del autor de *Los siete locos* era Roberto Godofredo Christophersen Arlt, quien nació el 2 de abril de 1900 en la ciudad de Buenos Aires. Es especialmente peculiar el hecho de que el escritor se esforzó en hacer un mito en cuanto a su verdadero día de nacimiento, no sabiéndose con certeza si fue el 2 o el 7 de abril. Según Ángel Flores –de quien usaremos gran parte de los datos aquí expuestos– en su libro *La generación de 1940-1969 (v.4)*, en *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981: historia y antología* (1984-1985), aclara que “habrá que insistir que este nacimiento ocurrió el 2 de abril, y no el 7 o el 26, como Roberto declaraba, ya sea por desmemoriado o por negación

freudiana o por el mero gusto de confundir a la gente” (69). Hijo de inmigrantes, su padre, de origen prusiano, llevaba el nombre de Karl Arlt; machista, de múltiples trabajos fracasados, con quien tuvo un trato alejado y duro, a quien Arlt odiaba y llamaba “padre negrero”. Su madre, de origen italiano, llevaba el nombre de Ekatherine Iostraitbitzer. Su infancia la vivió en arrabales del barrio de Flores, al centro de Buenos Aires, hoy en día establecimiento predilecto de parte la clase media de la capital de Argentina.

Tras un viaje a Córdoba, se casó con Carmen Antinucci en el año 1922: luego de ello nació su hija Mirta Electra, con quien, junto a una tuberculosa Carmen, volvió a Buenos Aires, para ingresar al gremio de periodistas. A principios de los años ‘30, la llamada “Década Infame”, época de la crisis económica internacional global y en la Argentina de la caída de Irigoyen y la dictadura militar de Uriburi, Arlt se separó de su esposa. En 1939 se casó nuevamente, esta vez con una mujer que conoce en la Editorial Haynes, secretaria del director de la revista El Hogar: Elizabeth Mary Shine. Murió el 26 de julio de 1942, producto de una ataque cardiaco. Tres meses después de ello nació su segundo hijo, Roberto.

En vida se desempeñó como un autodidacta y prolífico novelista, cuentista, periodista –cronista de varios diarios destacados de la Argentina y de España- y al final de su carrera, ya en los años ‘30, incursionó incluso en el mundo de la dramaturgia. También fue conocido por ser un inventor frustrado, pues trató de conseguir dinero por medio de la idea de patentar sus inventos para luego comercializarlos. Junto al actor Pascual Nacaratti del Teatro del Pueblo instaló un pequeño laboratorio químico en el barrio de Lanús. En esta materia, todos sus intentos fueron fallidos.

Sus obras publicadas –prosa (P) y drama (D)- son las siguientes:

- El diario de un morfinómano (1921) (P)
- El juguete rabioso (1926) (P)
- Los siete locos (1929) (P)
- El humillado (1930) (D)
- Los lanzallamas (1931) (P)
- 300 millones (1932)(D)
- Prueba de amor (1932)(D)
- El amor brujo (1932) (P)
- El jorobadito (1933) (P)
- Entrada a Bariloche (1934) (P)
- Escenas de un grotesco (1934)(D)
- Aguafuertes españolas (1936) (P)
- Saverio el Cruel (1936)(D)
- El fabricante de fantasmas (1936)(D)
- La isla desierta (1937)(D)
- Separación feroz (1938)(D)
- África (1938)(D)
- La fiesta del hierro (1940)(D)
- El criador de gorilas (1941) (P)
- Aguafuertes porteñas (1950, póstumo) (P)
- El desierto entra a la ciudad (1952, póstumo)(D)
- Nuevas aguafuertes españolas (1960, póstumo) (P)

- Teatro completo (1968, póstumo) (D)
- Cuentos Completos (1997, póstumo) (P)

En muchos de sus relatos y novelas se describe de forma superrealista, como diría Goic, el ambiente urbano, haciéndose hincapié en la relación del personaje con la ciudad; en la interioridad del primero y el influjo de aquel por parte de la segunda. Por lo general los personajes de sus historias son hombres marginales de bajos recursos, muy imaginativos y profundamente agobiados por la sociedad moderna que los rodea. De modo que Arlt perteneció a una generación de escritores que estuvo constantemente prestando atención a la realidad social y popular de Argentina, centrándose en el mundo interior de cada uno de los habitantes de la ciudad, ilustrado en la historia de los personajes cuyas vidas son descritas como representativas del hombre de un estrato determinado. Concretamente, y en el caso de este ciudadano argentino en particular, haciendo una crítica de la sociedad moderna, capitalista y burguesa imperante.

Después de muerto, la popularidad literaria de Arlt fue aumentando poco a poco, hasta llegar a convertirse en uno de los escritores argentinos más importantes del siglo XX.

Bibliografía a utilizar

Actualmente, la bibliografía sobre la vida y obra de Roberto Arlt es numerosa, aunque no lo suficiente en cuanto al caso por el cual este estudio fue escrito: su novela *Los siete locos*, por lo que con esto esperamos otorgar otra fuente de conocimiento. Sin embargo, existen trabajos que versan sobre el tema y son parte fundamental de lo que se está escribiendo. A continuación enumeraremos la bibliografía a utilizar para el desarrollo de la cuestión, especificando el año de la primera edición después del título de cada obra:

- *Aguafuertes porteñas* (1950) y *Nuevas aguafuertes* (1960) de Roberto Arlt: Como es preciso fijar cuál fue la relación del escritor con la vida urbana, como medio de apoyo principal para analizar la relación autor-personaje-ciudad utilizaremos las crónicas urbanas (o sociales) del escritor recopiladas en estos libros.

- *Superrealismo y Generación de 1927 en Historia de la novela hispanoamericana* (1972) de Cedomil Goic: Utilizaremos esta historia de la novela de Hispanoamérica como texto crítico central para fijar a Roberto Arlt en una generación específica.

- *La generación de 1910-1939 (v.3)* y *La generación de 1940-1969 (v.4)* en *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981: historia y antología* (1984-1985) de Ángel Flores: Usaremos esta historia de la novela hispanoamericana para ver cómo es caracterizada la generación en la cual Roberto Arlt es inserto, para así prestar atención a las características propias que les confiere Ángel Flores y considerar, con ello, otros puntos de vista en la categorización generacional.

- *Historia de una pasión argentina* (1937) de Eduardo Mallea: utilizaremos este ensayo para ahondar en las características de la generación literaria a la cual perteneció el autor -en la cual, ciertamente, también se encuentra Mallea- y como testimonio del sentimiento urbano colectivo del Buenos Aires de la época de Arlt.

- *Mundos que renacen. El héroe en la novela hispanoamericana moderna* (1984) de William Siemens: usaremos específicamente la introducción y el capítulo en el cual el autor habla sobre la novela a analizar, *Los siete locos*, siendo provechosas las características de los personajes de la novela que se describen en el estudio.

- *Prefacio e Introducción. La modernidad: ayer, hoy y mañana* de *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982) de Marshall Berman: consideraremos la obra del filósofo estadounidense puesto que ella da una caracterización sobre la modernidad, la

modernización y el marxismo, todos estos aspectos vinculados directamente con *Los siete locos*, vistos también desde una perspectiva sociológica.

- *Una aproximación a Los siete locos y Los lanzallamas* por Gonzalo Rojas González, en *Revista Descontexto*, N°2, (2000): utilizaremos este artículo del número segundo de esta revista para la caracterización de los personajes que llevaremos a cabo en el análisis.

Como bibliografía secundaria, destinada a satisfacer los objetivos de la misma índole, tomaremos como base los siguientes textos:

- *El existencialismo* (1944) de Norberto Bobbio: usaremos este ensayo que comenta e interpreta las ideas existencialistas de los máximos exponentes de esta corriente filosófica y su relación con la figura del “decadente”, la cual se vincula a la vez con el punto de vista del autor sobre la situación espiritual de los hombres modernos.

- *Introducción. El hombre rebelde* (1951) de Albert Camus: consideramos fundamental agregar a la investigación los fundamentos de este tratado filosófico del escritor francés, puesto que en él se describe cómo el hombre rebelde se ha levantado históricamente contra el Amo o contra el Dios, lo cual está vinculado estrechamente con los ideales de la sociedad secreta creada en *Los siete locos*.

- *El existencialismo es un humanismo* (1946) de Jean-Paul Sartre: prestaremos especial atención a los postulados filosóficos existencialistas de este escrito del filósofo y escritor francés para relacionarlos con el proceso por el cual viven los personajes de *Los siete locos*.

Para empezar

Desde el principio estuvo la voluntad de hacer un estudio sobre alguna historia paradigmática del estilo de escritura del novelista argentino Roberto Arlt, puesto que, como se pudo apreciar hace ya un tiempo en la lectura de *El juguete rabioso* (1926), su primera gran novela, el estilo artístico del argentino –ciertamente, tan criticado por algunos sectores de élite- llamaba la atención de manera inmediata debido a la peculiaridad de insertarse en los niveles más marginales de una sociedad dinámica pero también derruida, cuyas aristas guardan en sus más desconocidas entrañas, es decir, en esa ciudad-otra a la que tanto apeló, a niños de clase social baja. Niños que, ya sea por el afán de hacer travesuras o por el mero instinto de supervivencia, cometían pequeños crímenes que se iban intensificando a medida que su edad iba en aumento y su experiencia en la sociedad y, por consiguiente, su conocimiento del mundo revelador y tiránico en el que vivían se hacía más consciente. Esta manera de novelar resultó muy especial, ya que la historia prototípica que se creaba, leía y estudiaba en épocas anteriores, aquella que nos hablaba de los héroes épicos y éticamente cercanos a la perfección, había sido relegada a un costado para dar paso al verdadero ser humano imbuido en la sociedad moderna, ese que sufre con cada acontecimiento desfavorable, quien, como consecuencia de ello, se trastorna la mayoría de las veces y toma, apresurado, decisiones que pueden o no ser las correctas. Todo ello mientras está tambaleándose en el hilo de una existencia poco deseable, la que además resulta ser demasiado peligrosa y atiborrada de infortunios.

Pero *El juguete rabioso* resultaba una novela que, sin desestimarla en ningún caso, contenía aspectos propios de la vida de un niño y de un adolescente en las tres cuartas partes de su contenido, con un capítulo final en el cual Silvio Astier, el protagonista, ya es un adulto. Considerando, como habíamos dicho, que los pasos a seguir en esta investigación

se centran en la relación entre los personajes propios, o sujetos liminares de la sociedad moderna y la ciudad que los contiene, creímos que sería más atinente analizar una novela que además de haber sido menos estudiada en el ambiente académico, tuviese como protagonistas a hombres adultos, ya conscientes de estar viviendo – o padeciendo- al margen de una sociedad con características propias de la Modernidad, cuyos rasgos ya habían emprendido su camino a la consolidación.

Es por esto último que *Los siete locos* (1929), del mismo autor, Roberto Arlt, fue finalmente escogida para el desarrollo de esta tesis y al Grado de Licenciado en Literatura. Además de lo dicho fue elegida para el análisis que haremos de ella porque afirmamos que en esta novela se da una relación estrechísima entre personajes de tipo descontentos, desolados, solitarios, en fin, angustiados y una sociedad moderna que cumple un papel fundamental en su condición de sujetos liminares, en las fronteras de una institución social que no los acoge ni tampoco los reconoce. La novela atrajo la atención en un primer momento porque muestra como personaje principal a un antihéroe, Augusto Remo Erdosain, quien es víctima de grandes calamidades manifestadas como golpes psicológicos y aún así es capaz de mantenerse medianamente recto y de asociarse con otros, a pesar de todo, para hacer frente a la ciudad, a la cultura y la sociedad moderna instauradas, cuyas culpabilidades en la malograda condición del protagonista son en gran parte compartidas.

En cuanto a la elección última de *Los siete locos* como objeto de estudio de esta investigación, estamos en absoluto conscientes de que en la novela se nos presenta la historia inconclusa de personajes que planean crear una sociedad secreta, ya que en *Los lanzallamas* (1931), la segunda parte de la vida de Erdosain, el Astrólogo, el Rufián Melancólico, entre otros, encontramos la continuación de los sucesos y el final de ellos. De forma que en gran parte de *Los siete locos* no asistimos a la narración del cómo llevan a cabo las ideas aparentemente firmes en acciones efectivas, sino que solamente aquello: los pensamientos propios de cada uno de los siete locos convertidos, a su vez, en las primeras nociones de una sociedad secreta en potencia. Eduardo Mallea, compañero de generación (cual término usual y literario) de Roberto Arlt, como veremos más adelante, nos dice en *Historia de una pasión argentina* (1937): “La vida no tiene más que dos alimentos y el de la mía no era precisamente la acción. Cuando la acción no nutre una existencia de hombre, esa existencia se nutre de pasión en el sentido de padecimiento y sacrificio; a su vez esta pasión puede ser consciente o ciega en el cuerpo que la sufre –si es ciega, el tormento es sobrellevable, la penuria se vuelve casi física; pero cuando es consciente, cuando es una pasión de la sensibilidad, entonces el hombre que la sufre vive desollado, sangrante, casi muerto a fuerza de vivir extremadamente” (Mallea, 53). Haciendo un parangón entre esta fina distinción y nuestra estudio, creemos que esta pasión consciente como ración fundamental para el devenir del hombre se manifiesta en el ambiente social en general, en el protagonista y en todos los personajes de *Los siete locos*, lo cual es otra razón para haberla escogido; por otro lado, pensamos que el momento de la manifestación de ese otro alimento al que refiere Mallea, la acción, es abordada en el libro que continúa la novela a analizar, *Los lanzallamas* (1931).

La caracterización hecha por Roberto Arlt de la visión de mundo que imperaba en la primera mitad del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires, es también un factor a considerar como motivación principal en la decisión de llevar a cabo este trabajo, puesto que la manera de abordarla por parte del argentino es bastante peculiar, distinta a la llevada a cabo por autores de otros espacios y tiempos, enemiga férrea de cualquier superficialidad en la descripción de la ciudad y sus constituyentes esenciales, ya sea físicos o subrepticios. Además, y para finalizar, los aspectos psicológicos y los cuestionamientos existenciales

de los siete locos –como personajes y también sujetos liminares- que el escritor argentino expone y describe con una sutileza parsimoniosa y sórdida a la vez, se convierten en otra variable importantísima en la elección de la novela. Si ellos no estuviesen allí, las siguientes páginas rezarían, probablemente, sobre otra obra.

II.- La literatura hispanoamericana y Roberto Arlt

Buenos Aires se ve tan susceptible. Ese destino de furia es lo que en sus caras persiste.

Soda Stereo

II.1 La generación literaria de Roberto Arlt según Cedomil Goic

II.1.1 El Superrealismo

Cedomil Goic, en su *Historia de la novela hispanoamericana*, inserta a la generación de Roberto Arlt en la segunda época de la novela de Hispanoamérica, llamada por él “novela contemporánea”. El primer gran movimiento artístico y literario de esta era es el Superrealismo, posterior al Naturalismo, que es perteneciente al tiempo de la novela llamada moderna. Si bien el Superrealismo se extiende desde 1935 hasta la década de los '80, la generación de 1927, a la cual pertenece Roberto Arlt, se encuentra dentro de esta categorización. Hasta el momento en que se llega al Superrealismo, el arte literario se caracteriza por traer consigo variaciones en cuanto a la novela moderna en particular y la literatura en general: ésta se convierte en el correlato manifiesto de lo social y su función se vuelve utilitaria, con variadas aristas de este tipo en las cuales el modo de representación ha puesto hincapié. Como Goic nos dice, hasta el Superrealismo la literatura cambia en cuanto a la “modalidad de la interpretación o visión del mundo, en la ruptura de la ley de los tres estilos por mezclas de estilos diversas (...)” (177). Por medio de un lenguaje más pintoresco y una sintaxis de tipo causal el mundo se retrata de una manera especial en este periodo; tal sintaxis lleva directa relación con la representación de la vida cotidiana, retratada dentro de un orden más racional. Según Goic, “durante algo más de un siglo, en Hispanoamérica, el sistema de la literatura y de la novela modernas permanece vigente e invariable, en cuanto tal sistema, aún cuando sus elementos experimenten, parcialmente, cambios” (177). Así, lo que llega a hacer el Superrealismo con sus características es un rompimiento fundamental en la historia de la literatura, lo cual no es, por cierto, una variación definitiva dentro de la red del sistema como sí, sino que un cambio en el sistema literario total en cuanto algo que es menos estático que dinámico debido a su susceptibilidad ante la variación. Esto se logra notar en el cambio estructural de la novela y en la consiguiente aparición de una nueva novela, suceso alejado de la noción de que lo que se altera es un aspecto o varios de la novela moderna.

Además de lo dicho, esta ruptura a la que aludíamos no es simplemente una colisión entre dos generaciones específicas, es decir el mundonovismo y el Superrealismo, ni sencillamente es la variación de dos tendencias literarias –el Naturalismo y el

Superrealismo-, sino que, como Goic afirma, es “la oposición y diacronía de dos sistemas literarios” (178). Por un lado tenemos al Realismo, sistema moderno vigente entre el siglo XVIII y el año 1934, según su categorización, y por el otro al Antirrealismo, concepto que el estudioso toma provisionalmente para caracterizar este sistema nuevo que emerge en este tiempo. Asimismo, el Realismo se puede relacionar con la Época Moderna, ya en su fin, y capaz de ser caracterizada en cuanto su sistema está completo, y el Antirrealismo puede dibujarse de la mano con lo que es la Época Contemporánea, ya en una etapa inicial y con una tipologización de sus características en formación. De manera que, siguiendo esto, podemos aventurarnos y declarar que estamos en el principio de la época de las novelas contemporáneas. El Superrealismo está también definido en sus rasgos de acuerdo a la fuerza generacional de la literaturas vanguardistas, lo cual es evidencia de que su sistema se ha expandido a las generaciones posteriores, las que, si bien han presenciado la institucionalización de las estrategias vanguardistas, pueden sacar provecho de aquellas en cuanto trajeron otro de los cambios radicales al mundo cultural del siglo XX.

Este gran movimiento del cual hablamos, posterior al Naturalismo que imperaba en las décadas anteriores, es una superación de aquel en tanto el Naturalismo actualizó las potenciales situaciones típicas de la novela y de la literatura modernas, pero aún más, es una superación, en esencia, del Realismo como tradición y sus preceptos fundamentales. Así, después del Superrealismo encontramos al Neorrealismo y luego al Irrealismo como sucesos generacionales que superan, como ya dijimos, al Realismo, y que se configuran como el umbral de entrada hacia el periodo contemporáneo que se está empezando a formar con las generaciones que sobrevienen juntas en esta fundación, como la generación del 1927, a la cual pertenece Roberto Arlt. Este momento al cual nos referimos trae consigo un nuevo modo de representación de la realidad: nuevas dimensiones de ella, nuevos modos de experiencia e interpretación. Ya no es el carácter sistemático del orden natural de la representación realista, ni tampoco la ilustración imitativa de las manifestaciones del exterior, que son eminentemente sociales en cuanto estratos de la sociedad en representación fiel –muchas veces el bajo, que tienen dentro de sí al hombre y su propia realidad, puesto que de esta forma la novela moderna, y otorgándole los méritos que se merece, logró mostrar el costado de la sociedad y el hombre moderno que no se había conseguido mostrar con vehemencia antes: la oscuridad y la miseria de la vida, tan presentes como nunca. Sin embargo, en cuanto se agotaba lo nuevo y el descubrimiento de esos caracteres antes no considerados, constreñía con el aparato científico recién nacido la racionalidad misma de lo real, tomando invariablemente otro rumbo, el cual desembocaría en la novela contemporánea, que ahora nos concierne. Entonces, esta nueva novela llevaba consigo un mundo representado nuevo, que no se había considerado antes debido a la sombra que ceñía en el sistema literario la representación de los factores externos y de la sociedad como parte de ellos: este nuevo mundo, interior en esencia, es el de la conciencia. Por ser de este tipo, este nuevo mundo en representación da paso a variadas posibilidades de lo real, asistemáticas por definición, tal como el pensamiento azaroso y alejado de teleologías lisas y llanas. El irracionalismo ejerce un dominio sobre la representación y da frutos de clara ambigüedad, los cuales por ser de esta condición no tienen menos importancia, puesto que, como Goic nos dice, “la ambigüedad de la conciencia concita la ambigüedad del hombre, de la naturaleza, del mito, del sueño, de la locura, de la poesía, del sexo, y revela la ambigüedad de América, por ejemplo” (179). Las posibilidades, insistimos, son diversas, cualquiera de ellas puede tomarse para hacer una representación, por lo cual los límites propios de la novela moderna, del Naturalismo, en fin, del Realismo, tienden a desaparecer en una explosión de contradicciones que se reflejan en las generaciones, como la del '27 en términos generales y en *Los siete locos* de Roberto Arlt en términos

más específicos. Los sucesos de este tipo de novela contemporánea son, así, aleatorios, carentes ahora de la tiranía del proceso típico y conservador de la causa y el efecto, por lo cual el tiempo, como otro factor a considerar en la novela contemporánea, se convierte en algo subjetivo, intensivo en cuanto no hay una progresión lineal, concepto el cual se transforma en algo fundamental para la representación de un espacio de la conciencia, de un tiempo especializado que provoca que las puntualidades sincrónicas desaparezcan y que el orden dentro del aparente caos reine.

Con todo, no puede considerarse que la nueva novela está desligada de las cosas circundantes y, por tanto, de la realidad. En ningún caso está ajena a ella, ya que esta manera nueva de representación la considera bajo otros sentidos más intensos del ser mismo y de lo que le rodea: laxamente, es una nueva especie de realismo –considerado en cuanto a lo que es real y no como el movimiento más general, el Realismo. Un Superrealismo que viene a afirmar la autonomía de la obra poética, con una hermeticidad –no oscurantista, por cierto- en cuanto puede comprenderse en su inmanencia, siendo autosuficiente gracias a los mismos autores que la crean considerando los factores internos que ya hemos esbozado; un lugar de representación en donde el punto de vista de la narración ha sido trasladado hacia los hilos mismos que pertenecen a nadie más que el narrador. Una realidad nueva, como decíamos, la superrealidad que es “lo así puesto en el ser, que aumenta y enriquece nuestra realidad con nuevos órdenes de existencia” (Goic, 180). Con este tipo de representación viene a la historia una época distinta y novedosa en el curso de la novela Hispanoamericana, fundada con la generación superrealista de 1927, donde, como ya hemos repetido, se encuentra el escritor que nos reúne: el argentino Roberto Arlt.

Esta generación de 1927 es considerada por Goic como la vanguardia auténtica de la literatura hispanoamericana contemporánea. “Es la primera generación superrealista y la definidora de un sistema nuevo como acontecimiento cuya institucionalización crece y se desarrolla como una nueva época en la historia literaria” (181). Es también la primera generación que es auténticamente contemporánea y, es más, que es auténticamente universal, la cual tiene la facultad de provocar un fuerte sismo cultural en la literatura de América y Europa, con representantes, además de Arlt, como Miguel Ángel Asturias, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier y Eduardo Mallea –a quien revisaremos más adelante en cuanto testimonió del ambiente en el cual se crió y vivió esta generación. Con su obra, todos ellos otorgaron nuevamente al hombre la humanidad merecida, representándolo en su máxima interioridad, es decir, en su conciencia y en sus ansias de conocimiento del mundo al cual pertenece, sin desconocer la miseria propia que lo retrotrae hacia sí mismo, lo glorioso que pueden resultar cada una de sus pequeñas acciones y lo que es capaz de hacer, como Augusto Remo Erdosain, para alzar su débil e impotente mano y, con este gesto, alcanzar sus metas y sueños más profundamente celados.

II.1.2 La generación de 1927

Según Goic, esta generación está conformada por los que nacieron entre 1890 y 1905, y su período de gestación va desde 1920 hasta 1934. Es una generación que se caracteriza por una fuerte ruptura con la tradición inmediata, bajo una remoción de las concepciones modernas tradicionales y el rechazo pleno del Naturalismo en la literatura. El énfasis en este periodo está puesto más allá del contenido, allí donde se encuentra la forma, la cual utilizan y manejan a cabalidad los escritores que pertenecen a este grupo. Hay una revelación de lo nuevo por medio de esta nueva novela que resulta extraña pero no por ella incomprensible,

pues lo que no ha sido experimentado antes se convierte en materia bruta para representar a la manera de los creadores.

“La narrativa de esta generación tiene, en este lapso de gestación, un carácter tentativo. Comienza por reducir la esfera de realidad al hombre y a su conciencia y traslada consiguientemente la estructura de la novela del espacio al hombre” (Goic, 185). Como ya habíamos dicho, la realidad, o más bien esta superrealidad, es caracterizada principalmente por la conciencia del hombre mismo, por el abandono de la novela que se preocupaba de las variables propias de los fenómenos del afuera y la consecuente bienvenida de la interioridad a la narración. Así, las descripciones y los paisajes urbanos, en el caso de Arlt, son subyugados a la visión e interpretación propias de una realidad más personal, lo cual ciertamente no significa que la vida literaria cese de ser un suceso de interés social y un momento en el cual la vitalidad creadora alcanza su máxima expresión. O sea, la representación de lo circundante que se da en este caso se transforma, por lo dicho, en una perspectiva universalista.

El hermetismo de la obra es afirmado contra la voluntad decimonónica de convertir a la obra en un instrumento útil para el cambio moral —es decir, el *prodesse* de Horacio— o social. El conocimiento poético del narrador es un conocimiento particular en sí mismo y para sí mismo que sale a la luz por la cerrazón expresiva y potente de la obra literaria, con un lenguaje que da razón a las dimensiones inéditas de la realidad representada. Como ya hemos mencionado, esto contribuye a que haya una interiorización del mundo narrativo por influjo directo de la conciencia de los personajes que, a su vez, encarnan distintos tipos de aquella; como Goic nos dice, “caracterizados desde una dimensión interior los personajes dejar de ser determinados por rasgos físicos o indumentarios, psicológico o patológicos, para encarnar esencialmente tipos de conciencia, tipos de existencia, temples de ánimo fundamentales, que vienen a constituir la realidad de los seres” (186). El espacio, por su parte, ya pierde todo el poder que tenía en el sistema literario anterior y se hace subrepticio en cuanto extensión misma de los personajes, como expresión de cierto ambiente moral, temple de ánimo específico o representación, pura y directa, de la hostilidad que puede arrojar el mundo sobre el ser inválido - lo cual es evidentemente el caso del protagonista de *Los siete locos*, Erdosain- o de la paz que podría eventualmente otorgar.

Siguiendo el curso de las características de la narración, los modos indirectos utilizados son desplazados por los modos más directos: la corriente de la conciencia, el monólogo interior, la descripción onírica de las experiencias en sueño o en vigilia o el automatismo verbal. El diálogo se alza como representación directa y se enfrenta al diálogo más convencionalmente literario, además de plantearse distinto al “pintoresquismo del hablar rústico, caro a los mundonovistas” (Goic, 187).

En este tipo de novela superrealista el ámbito de la seguridad, el sentimiento de un paraíso que se perdió en el tiempo, como la infancia, se contraponen a la existencia que obliga a que el hombre, más maduro, sea expuesto a lo inhóspito, a su hostilidad y a lo riesgoso que significa el tener que caminar las experiencias que le son entregadas. Se olvidan las formas que son parte de la esencia primigenia y se adopta una conducta abominable, no alejada del todo de la interrelación y solidaridad con otros para hacer una fuerza mayor, como lo es la sociedad secreta ideada por el Astrólogo, de la cual forma parte el protagonista de *Los siete locos*, Erdosain. Toda esta contraposición se afirma en una conjunción especial de la condición humana, presente en esta generación: “se es ángel y demonio, grande y miserable, noble y malvado” (Goic, 187), es decir, el ser dinámico se va transformando continuamente, como acarreado por los autoritarios hechos y las decisiones que tienen que llevar los a cabo los personajes respecto a ellos. El narrador, como la voz de

los protagonistas de las novelas de esta generación, interpreta la realidad según un tipo de conciencia determinada por cierta intencionalidad o cierto nivel de interioridad específico, ya sea la vigilia consciente, la conciencia más difusa, el preconscious o el inconsciente. Respecto a esto, resulta digno de destacarse la noción de despersonalización del narrador –incluyendo sus diferentes grados– a favor de la mayor expresión de los personajes.

Goic nos dice que “con la novela superrealista hispanoamericana de esta generación, se realizan las obras de mayor originalidad y riqueza de la primera mitad del siglo” (188). Es así como muchos relatos de este periodo generacional, como *Los siete locos*, hicieron que la novela hispanoamericana tomara un valor universal, tal cual decíamos antes, usando técnicas, formas y estilos propios de una novela contemporánea que se estaba gestando y que daría lugar a generaciones futuras que heredarían estos rasgos fundamentales, cuyos precursores, posteriormente, darían paso a la literatura que actualmente podemos encontrar.

II.2 La generación literaria de Roberto Arlt según Ángel Flores

II.2.1 *El juguete rabioso* (1926) como antecedente en la generación de 1910-1939

A diferencia de Cedomil Goic, Ángel Flores, en su *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981* v. 3, mediante marcados juicios de valor sobre las obras y las corrientes del momento, trata más las condiciones de producción y recepción en tanto factores externos relevantes de la cuentística y novelística que surgió en los dos siglos pasados en Hispanoamérica que los factores internos, tales como las directrices generales, los estilos propios o la temática o de las novelas de los períodos estudiados. Sitúa la primera gran novela de Roberto Arlt, *El juguete rabioso* (1926), como un antecedente de la narrativa arltiana que sobrevendría en la generación posterior, ya levemente instalada en la que nos referimos ahora, momento en el cual los autores jóvenes trataron de superar a sus viejos antecesores, menos vigentes pero con un alto nivel literario, reconocidos por la teoría y la crítica. Con el fin de conseguir esto inyectaron más tesón a los procesos de producción que rodearon su creación, haciendo obras de mayor envergadura en relación a las distintas variables que las componían. En esta generación se encontraron, y en cuanto a los autores que mencionábamos con respecto a la periodización que realiza Goic, novelas como *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes, *El juguete rabioso* (1926) de Arlt, *¡Écue-Yamba-O!* (1933) de Alejo Carpentier, *El señor presidente* (1937) de Miguel Ángel Asturias, y *La bahía de silencio* (1939) de Eduardo Mallea. Éstas novelas se precian de ser ostensiblemente recordadas por el mundo literario actual, lo cual es razón suficiente para decir que en opinión de los que leían y estudiaban la literatura en aquella época, se escribía más y mejor que antaño. Con respecto a esto, en ese tiempo los receptores requieren de temáticas más variadas, lo que se traduce en el hambre de nuevas lecturas cuyas aristas logren, al menos, cautivar en principio.

Esta generación lleva consigo expresiones ecológicas que llegan a una plenitud exacerbada, las cuales dan pistas de una posible extinción de tal punto de vista, ya sea para satisfacción o desazón de los atentos críticos. Con esto, se mostró a la selva como un lugar

inhóspito pero que a la vez servía -para el ser humano real y para los personajes ficticios creados por los novelistas- como punto predilecto de escape, en donde la inspiración literaria podía cultivarse, incluso por muchas generaciones más: la situación a representar era un traslado del mundo artificial al mundo natural, el cual Roberto Arlt –y aventurándonos en esta afirmación, en *El juguete rabioso* (1926), prefiere no visitar, para retratar, criticar y denunciar la ciudad y sus artificios, a veces más fuerte y maligna que la naturaleza misma, pero considerada como un lugar de existencia al fin y al cabo. La causa de todo esto es lo que Ángel Flores no dice en su *Narrativa hispanoamericana...*: “A medida que la vida se urbaniza y que las ciudades se ensanchan y complican, los autores, cada vez más ciudadanos, se dedican con mayor ahínco a estudiar esa efervescencia y tumulto. Resultado de esto son los escritores de ficción urbana que van surgiendo en proporción a la importancia y atracción de cada metrópoli” (Flores, 12). Como dijimos, Roberto Arlt es uno de estos autores que se dedican a estudiar las consecuencias de todo ello, quien escribe y localiza a sus personajes en una ciudad moviediza que se vuelve protagonista vehemente, capaz de triturar a sus ciudadanos más débiles, como lo es el Buenos Aires de la primera mitad del siglo XX. Junto a él tenemos a Mallea, Verbitsky y Estela Canto, todos ellos creadores que fueron ganando ímpetu en una relación directamente proporcional con la importancia que progresivamente se adjuntó la urbe.

Además de lo expuesto, a nivel mundial existieron cataclismos sociales de gran envergadura, con la facultad intrínseca de estrellarse contra la realidad diaria de los ciudadanos que vivieron en esta época; lo geográfico en sí, es decir, la forma en la cual la ciudad está plantada, la arquitectura de la ciudad misma, su arquitectura y el flujo de la gran masa se transformaron en aspectos menos visibles con respecto a las consecuencias de la urbanización intestina, que trae consigo sucesos políticos más abstractos: revoluciones, guerras, etc. En consecuencia, hubo una influencia evidente en el mundo cultural, específicamente en la literatura de Hispanoamérica por parte de los autores extranjeros más comprometidos, esos que se encontraban en el núcleo de los sucesos en auge, tales como los que vivieron la Primera Guerra Mundial o los que, por su parte, fueron militantes en la Revolución rusa y en la guerra civil española, por otorgar ejemplos netos. Se nos dice en *Narrativa hispanoamericana...* que distintas variables se combinaron para que sucedieran esta especie de cambios: “corrientes extranjeras, fenómenos extranjeros, convulsiones internas, todo parece contribuir a la estructuración de una novelística política, sociológica, batalladora” (Flores, 13) Con posterioridad, Hispanoamérica no pudo mantenerse incólume respecto a acontecimientos de este tipo y a los problemas que apremiaban en las distintas naciones, por lo cual se hicieron presentes sucesos con un marcado tinte latinoamericano y pequeños tonos heredados de lo que sucedía en los continentes del otro lado del mar: la Revolución mexicana, la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay y los movimientos internos del Ecuador y la Argentina, que dieron lugar a novelas fundamentales en la historia de cada una de estas naciones.

Para estos efectos, el caso de Argentina es digno de acatar. Este país se anticipó con respecto a los otros en la llegada de la Revolución Industrial que había empezado hace ya un tiempo en Inglaterra, lo cual provocó que la sociedad y la producción feudal mutaran en un capitalismo, una burguesía y un consiguiente proletariado que incipiente e incendiario sacaba de las sombras sus demandas y que reclamaba, con y por esto, más presencia. Los narradores argentinos, como el Roberto Arlt del *El juguete rabioso* (1926) y Leopoldo Marechal, autor de *Adán Buenosayres* (1948) –novela ya posterior, pero considerada como receptáculo de todos los factores incubados por la tradición precedente, se fijan en dichos cambios enraizados, los cuales activan una influencia decisiva en su estilo y su temática. Hay descripciones, retratos de la ciudad moderna y una estrechísima

vinculación del personaje con ella, acosado por terremotos mentales, cuyos residuos son los mismos que deja bajo sí la tenacidad de esa nueva urbe que surge. En Chile, los exponentes de esta generación fueron principalmente Manuel Rojas –*Lanchas en la bahía* (1932) y Nicomedes Guzmán –*Los hombres oscuros* (1939).

En este período también existe una nueva corriente con una veta humorística que no podía encontrarse en generaciones anteriores, de la cual Roberto Arlt no se sirvió para producir sus novelas, pues él permaneció con los elementos propios de la tragedia humana que había perdurado, aquella en la cual la seriedad y lo lúgubre de la angustia, la presencia de la amargura de los personajes y lo inminente de la muerte aparecían a cada instante como *leitmotifs*. A este respecto es preciso afirmar que la comedia humana a la cual aludió Arlt en novelas posteriores es solo una de las tantas maneras de nominar a la representación humillante que llevan a cabo los personajes principales en la ciudad-otra que el argentino pudo mostrar al remecido mundo cultural.

En último lugar encontramos otra corriente literaria, ya anticipada en la generación de 1880-1909 por exponentes como Lugones y Groussac: la literatura fantástica, parida, por supuesto, gracias a la originalidad de los que la conformaron y a la influencia de la literatura universal, cuyos máximos autores fueron Joyce, Proust, Kafka y Woolf. Esta corriente se planteó frente al “circundante sociologismo literario” (Flores, 15) al cual aludíamos con anterioridad. En sus inicios Mallea fue un escritor tamizado por ese movimiento y por esta ficción fantástica, quien formó parte de ésta junto a Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo y el imponderable Jorge Luis Borges. Representarían en Chile a esta corriente la escritora María Luisa Bombal y Benjamín Subercaseaux. Con un estilo pulido, un psicologismo puro (como en *Plan de evasión* (1945) de Bioy Casares), historias de misterio, relatos policíacos y extraños pero entrañables personajes, la totalidad de estos autores serían los que construirían los puentes para la generación a la cual nos referiremos en las siguientes líneas, ella en la cual se encuentran las novelas publicadas entre los años 1940 y 1969.

II.2.2 La generación de 1940-1969

En la generación anterior los escritores se habían esmerado en hallar los rasgos que los hiciesen específicamente americanos. Los problemas del continente y la ecología se hacían fundamentales en la temática de sus novelas. Como dijimos, *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera es una expresión de este matiz, ambientada en la selva tropical. *Doña Bárbara* (1929), combinando la vida del latinoamericano con una historia sentimental, fue también un ejemplo de esto. Sin embargo, nadie se refirió a estas novelas declarando que fueran a convertirse en populares, en algo similar al *boom* posterior que significaría el suceso más importante de esta generación de 1940-1969, en la cual se encontraba *Rayuela* (1963) de Julio Cortázar, *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez y *La casa verde* (1969) de Mario Vargas Llosa, novelas que obtuvieron un “reconocimiento internacional” y una “aceptación mundial” por su particular fantasía y estilo, como dice Ángel Flores en *Narrativa hispanoamericana 1816-1981 v. 4* (9). Para él, todas estas obras derivaban del proceso literario que había comenzado hace casi un siglo: el Modernismo. A todo este fenómeno le llamó *realismo mágico*, influenciado ampliamente, además, por la obra de Kafka, el que tendría sus antecedentes en los cuentos de Rubén Darío hacia 1889, en *Las fuerzas extrañas* (1906) de Leopoldo Lugones y en la obra en general de Horacio Quiroga.

Siguiendo a Flores, la obra kafkiana también influyó en la narrativa de Borges, Bioy Casares, Onetti y en aquello que llamó “las pesadillas anárquicas de Arlt” (10).

En cuanto a esto, en honor y por gracia de todo lo dicho, empezó a surgir una nueva narrativa: *Casa de cartón* (1929) de Martín Adán, *La amortajada* (1938) de María Luisa Bombal o *Return ticket* (1928) de Salvador Novo, todas ellas alejadas cada vez más de “la modorra costumbrista” y en proceso de convertirse en un instrumento de múltiples registros (Flores, 11). Ciertamente, los hechos históricos concretos, específicamente los movimientos intestinos de los países latinoamericanos, tales como las dictaduras, hicieron que la percepción de la realidad variara y, con ella, la literatura que creó esta generación; con respecto a los escritores, Ángel Flores nos dice que “se pusieron éstos a exponer las perversiones gubernamentales y las maquinaciones maquiavélicas de los prohombres y los caudillos” (11). Testimonio de ello son *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes, *Conversación en la Catedral* (1962) de Mario Vargas Llosa, *El recurso del método* (1974) de Alejo Carpentier o *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez. Era claro que en este lugar del mundo la libertad se había coartado en lugares como Argentina, Chile y Uruguay, por lo cual el chileno Skármeta y los uruguayos Galeano y Benedetti lograron retratar esta pérdida.

Por necesidad de hacer más patente la realidad americana se dio el paso a una nueva forma de expresión y a variaciones formalistas. Las técnicas venidas del cine propiciaron el ambiente correcto para representaciones más fieles de los hechos. Se leyó al norteamericano William Faulkner y, como otros, también plantó semillas en el estilo de la literatura hispanoamericana. También Joyce, con su particular manera de tener como producto principal el lenguaje, sirvió como fuente de inspiración para los autores representantes de esta generación. Ya a estas alturas y en tiempos anteriores la sociedad y sus consecuencias estaban posándose lenta pero tenazmente sobre la mentalidad de los escritores de este período, entre los que se cuenta Roberto Arlt, como vimos. Es por eso que se vieron con la obligación de representarla en sus novelas, por lo que el *boom* latinoamericano, al cual, vale aclararlo, no perteneció el argentino que nos ocupa en esta investigación, tomó un valor mundial propio y desvinculado de las influencias del norte o las europeas. Además de ello, las obras que componían el *boom* fueron traducidas a muchos idiomas y dejaron como tema de interés fundamental en el mundo literario el hecho de que la recepción de las obras por parte de los que vivían los sucesos políticos en la ciudad estaba en alza.

De manera que la generación de Roberto Arlt que retrata Ángel Flores se desarrolló en este ambiente político y cultural específico, cuyos antecedentes con respecto a su obra precisamos en el apartado anterior y cuyas consecuencias afectarían directamente a su obra más tardía.

II.3 El ambiente cultural de la época de Roberto Arlt según Eduardo Mallea

Para Goic, tanto Eduardo Mallea como Roberto Arlt pertenecieron a la generación literaria de 1927. Ambos argentinos representaron la vida urbana de su país según ciertos estilos específicos y perspectivas ligeramente distantes entre sí: el primero lo hizo de una manera más personal, tal cual revisaremos más adelante; el segundo, por medio de sus crónicas urbanas y sus obras de ficción, específicamente *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931). A este respecto, Mallea escribió un libro sobre la época que pudo presenciar y las interpretaciones que tuvo sobre sus líneas sociales, las cuales

coinciden en aspectos puntuales, sin embargo, con la visión que Arlt tenía de la ciudad de Buenos Aires, de las instituciones que la componían y de su población. Por lo dicho, consideramos que referirse al libro *Historia de una pasión argentina* (1937) de Eduardo Mallea se hace atingente al momento de acercarnos al análisis textual que se pretende llevar a cabo en las páginas que siguen.

En el ensayo referido, el escritor alienta a sus coterráneos a vivir y sufrir en la Argentina difícil, en aquella que propone ir hacia una cierta responsabilidad de un destino por medio de la racionalidad, la inteligencia y no a través de la irracionalidad, cercana al animalismo. Conmina con su texto a que los hombres actúen por su nación bajo cierta moral o espiritualidad firme, considerando aquella como pilar fundamental en sus fundamentos y, en este caso, contrario a Arlt, puesto que éste manifiesta a los hombres en general y a sus personajes como sujetos “arrojados a la existencia” por Dios –como dijera Mirta Arlt en el prólogo a *Los siete locos* (14), desgarrados desde las manos de Dios y sin una moral definida o por lo menos convencional. Así, Mallea, en *Historia de una pasión argentina*, concluye que construirse en pos de los preceptos que presenta es el camino correcto: “Es necesario ir hacia ello, no detenerse, argentinos, argentino taciturnos, argentinos que sufren la Argentina como un dolor de la carne” (17). Aclara también que el libro es para ellos que forman parte de la Argentina sumergida, profunda, no para quienes calculan, especulan y comercian al país, es decir, a los que viven a costa de ella y no por ella. Así es como, al igual que Arlt, cree que la Argentina está dividida en dos partes. Mallea quiere edificar una Argentina con la conciencia del origen, de sus raíces y del destino que se ciñe sobre su población. Siente desazón por lo corrompidos que se encuentran en su época ciertos estratos de la sociedad, por lo cual quiere compartir esa misma desazón, esa agonía, esa angustia con quienes son sus compatriotas, con quienes pueden entender su fervor, puesto que ellos también lo viven día a día. Arlt, por supuesto, es uno de ellos.

Define a su nación como un organismo que posee distintas partes constituyentes, siguiendo la metáfora de la ciudad corporeizada: “Es natural que todo organismo tenga sus partes sanas y sus partes enfermas, sus partes torpes y sus partes inteligentes; de todos los organismo sociales, el más determinado por sus partes negativas es la burguesía, pero hay la burguesía embotada y soñolienta de los saurios y una burguesía idealista” (Mallea, 33). Como vemos, comienza su reflexión sobre la Argentina desde el punto claro de que la burguesía -en general- es la fracción social más determinada por aspectos negativos. Afirma que él viene de la burguesía idealista, habiendo nacido en la comodidad propicia para formar artistas, en la cual, ciertamente, no nació Arlt, quien creció en un pequeño barrio de un estrato distinto y estuvo imbuido en la inestabilidad propia de esa clase: la más baja de la sociedad. Este ambiente social no reflejaba ese “progreso desencadenado” (Mallea 35) de la Argentina, que cada vez veía surgir más almas sobre sus tierras, y que a medida que pasaba el tiempo tenía menos capacidad para cogerlas y darles subsistencia fructífera. En cuanto a la metrópoli de Buenos Aires, Mallea, al llegar a ella desde Bahía Blanca, relataba que su primera impresión de la ciudad era que estaba sobre “el centro mismo que monopoliza el gobierno y pensamiento del país” (47), es decir, su centro neural, si no el lugar más importante, que en 1916 tenía más de dos millones de habitantes. Sin embargo, la mayoría de las personas que eran parte de la urbe tenían un desapego connatural por lo intelectual, “incapaces de devorar un libro -¡ni siquiera apenas leerlo!-, enarbolar un sueño absurdo o llevar en el alma esa llama insensata donde se enciende la deflagración de una utopía, una heroicidad o un misticismo” (Mallea, 50), lo cual desconcertaba al escritor, quien tenía como costumbre leer con constancia a los insurrectos de la literatura, reconociendo así su influencia, a diferencia de los estudiantes que sólo leían por mera obligación. Por todo esto, consideraba que en su tiempo no había nadie íntegro, verdadero y con la inquietud

intelectual suficiente para transformarse en guía de alguna potencial generación, por lo que se dedicó a avanzar abrigado en la cultura cultivando sus ideas y entendiendo que acercarse a los sujetos reales apasionados por las palabras –como Arlt y su creación, es decir, Erdosain y la legión de los siete locos. De modo que alejarse de los llamados hombres de acción, esos que sólo “representaban”, que carecían de substancia de inteligencia, era el derrotero correcto a perseguir: “Crecieron en mí odios y preferencias. Excecración de los eruditos, pasión por los creadores. Excecración de los letrados, pasión por los que cada día admiten estar amaneciendo sobre ignorancias, por los que cada día sienten despertar en el mundo su propia novedad virgen, su horror al concepto sistemático y a la intelectualización mecanizada. Excecración del que está sentado sobre el sitial de sus letras” (Mallea, 51); el escritor valoraba a los autores que se atrevían a escribir y no admiraba en demasía a quienes presumían de un conocimiento finalizado, ordenado y mecánico, por lo que no parece una coincidencia el hecho de que compartiera lugar en la generación de 1927 con Arlt, puesto que, como dice Mallea, se encontraba atribulado en “el instante en que buscaba desesperadamente ciertos heroísmos sombríos” (52), aquello heroico crucial, lo heroico que sangra. Según él, en su generación estaban “listos para entrar por la puerta estrecha del superrealismo, gritando, como el guarda que despide al expreso: “¡Al absoluto por la nada! ¡Abajo la literatura, abajo la composición!” (Mallea, 58), rompiendo con la tradición inmediatamente anterior y enarbolando sus propios ideales de revolución por sobre la literatura corrompida por cierta élite intelectual, es decir, aquellos defensores de las leyes literarias, mostrando de esta forma una evidente rebeldía: “Cuántas veces me he sentido lleno de encarnizamiento y de saña contra los inofensivos defensores de las ‘leyes inmutables’ de la literatura ‘!Imbéciles! –los enrostraba furiosamente por dentro (...) Lo que ustedes odian es el descubrimiento” (Mallea, 61). Enfurecido desdeñaba a quienes creían tener la verdad en sus manos, pero al mismo tiempo, a pesar de su pasión optimista y pesimista a la vez -compartida con los de su generación, también sentía esa “angustia detrás de cada alegría” (Mallea, 61), cual ser humano enterrado en las calles de esa ciudad canalla a la que refería con esmero Roberto Arlt en su obra; ese actuar angustioso que no tiene fines y que se nutre sólo de medios, como, según su testimonio, pasaba con todos los argentinos de su tiempo –y claramente, también, con los personajes de Arlt, que no podían superar la barrera de los “a través” y se quedaban en ese sitio, encarcelados.

Como decíamos anteriormente, Mallea, al igual que el autor que nos llama a esta tarea, creía que la Argentina estaba dividida en dos: la superficial, o sea, la visible, en la cual se encontraban los hombres que “dejaban de ser hombres para ser derivados”(92) de hombres que sienten de verdad, ellos quienes sólo querían parecer –profesionales, abogados, políticos- y no ser en aquella sociedad visible, los que, en fin, habitaban en ese estado de orden aparente que “encierra una sorda anarquía moral”, encapsulada en “una laboriosidad próspera y aparentemente fructuosa” (Mallea, 121); y la Argentina profunda, la invisible, en donde estaba el hombre oscuro, perseverante, discreto de los lugares recónditos de la ciudad y las provincias. De forma que, como nos cuenta, pudo comprender después de haber llegado a la metrópoli brutal “cómo estaban separados esos dos mundos en la Argentina, el mundo visible y el mundo invisible”, siguiendo, junto con otros y con Arlt –aunque no tan cercanamente, la historia de ese segundo universo incrustado, retratándolo esperanzado pero sumido en las consecuencias obvias de quienes decidieron acompañarlo, de quienes se ocuparon de crear y no de representar, siendo apelados a vivir una existencia trágica pero fértil de verdad.

III. La sociedad moderna y Roberto Arlt

Los magos, los acróbatas, los clowns, mueven los hilos con habilidad.

Sui Generis

III.1 La sociedad moderna según Marshall Berman

En el prefacio y en la introducción de *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1997) de Marshall Berman encontramos una descripción pertinaz de la sociedad moderna por parte del filósofo marxista, la cual nace a partir de su impresión frente al mundo actual, cuyas ideas sobre la relación entre la sociedad y la cultura y, por ende, la literatura, se convierten en fundamentales al momento de considerar los límites a nivel macro que concurren hacia el meollo de esta investigación.

Para Berman, ser modernos es caminar una vida compuesta de paradojas y contradicciones constantes, lo cual, por influjo de la obvia consternación que causa esta condición, provoca que los hombres que viven día a día el mundo y sus características quieran, al menos en principio, cambiarlo y hacerlo suyo, tarea principal que los personajes de *Los siete locos* se encomiendan a sí mismos ideando la sociedad secreta con el fin de aplastar a la sociedad moderna convencional. Según el estadounidense, la modernidad es el conjunto de experiencias en el cual se encuentra el tiempo, el espacio, uno, los demás, las posibilidades y los peligros de la vida, todas ellas transversales a la geografía, la etnia, la clase, la nacionalidad, la religión y la ideología, rasgos que delatan cierta unión elemental aunque los hombres varíen. Sin embargo, esta unidad es “una unidad paradójica, la unidad de la desunión”, la que “nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustias” (Berman, 1), en donde, tal cual dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire”, frase que le da el nombre al estudio que ahora revisamos. A diferencia de la modernidad que ya hemos definido, tenemos el concepto de modernización, el cual en este caso va a la par con aquel, espacio en donde entran los grandes avances científicos, tecnológicos e industriales, además de la burocracia estructurada, el capitalismo, la comunicación de masas, las manifestaciones por parte del pueblo y el crecimiento del poderío de los Estados modernos, probablemente el eslabón necesario para que lo anterior se cumpla a cabalidad. De esta forma, y considerando lo dicho sobre la simultaneidad de estos dos significados y su implicancia en el ser humano, Berman nos dice: “la idea de la modernidad, concebida en numerosas formas fragmentarias, pierde buena parte de su viveza, su resonancia y su profundidad, y pierde su capacidad de organizar y dar un significado a la vida de las personas” (3). Aquí es cuando entra lo que se conoce como el actual sinsentido. Estamos en una edad moderna que ha extraviado el contacto con sus raíces: la leve sensación de antaño de pertenecer a una comunidad moderna y la Revolución francesa, que trajo cambios angulares en las distintas dimensiones de la vida diaria y que, además, daba como sí un sentido propio a quienes participaban de ella y a quienes afectaban sus repercusiones de alguna u otra forma, ya sea benigna o malignamente.

El escritor toma la descripción de la dinámica social en la novela *La nueva Eloísa* de Rousseau, en la cual su protagonista, Saint-Preux, se dirige desde al campo a la ciudad, en donde, según el personaje, hay “un choque perpetuo de grupos y cábalas, un flujo y reflujo continuo de prejuicios y opiniones en conflicto (...)”, un lugar en el cual “todos entran constantemente con contradicción consigo mismos”. Saint-Preux prosigue en su caracterización de la metrópoli, a lo cual Berman toma especial atención: “Todo es absurdo, pero nada es chocante, porque todos están acostumbrados a todo” (Berman, 4), lo cual deja entrever el sentimiento colectivo de la masa inconsciente, que vive experiencias día y noche pero que como tales conforman una rutina que casi es predeterminada. El filósofo estadounidense afirma que “esta atmósfera –de agitación y turbulencia, vértigo y embriaguez psíquicos, extensión de las posibilidades de la experiencia y destrucción de las barreras morales y los vínculos personales, expansión y desarreglo de la personalidad, fantasmas en las calles y en el alma- es la atmósfera en que nace la sensibilidad moderna” (Berman, 4). A pesar de que Rousseau y Arlt son de épocas medianamente distintas y están muy alejados entre sí a lo largo del tiempo, aquella parece ser la misma atmósfera en la cual se desenvuelven los siete locos y en específico su angustiado protagonista, Erdosain. Más cercano a nosotros y alejados de Rousseau tenemos otra especie de paisajes: máquinas gigantes por doquier, zonas industriales en expansión, comunicación por medio de aparatos cada vez más pequeños, Estados que manejan un capital casi inabarcable, etc. Pero lo más importante de esto es que, a partir de lo dicho, comienzan a crearse “movimientos sociales de masas que luchan contra esta modernización desde arriba con sus propias formas de modernización desde abajo” (Berman, 5), como sucede con la sociedad secreta del Astrólogo de Arlt, la que aspira a formarse a sí misma y crecer vertiginosamente, con afanes tales como el de militarizarse, industrializarse, reclutar a más interesados en el proyecto alternativo y revolucionar la sociedad que los machaca. Todas estas voluntades nacen del mismo punto al cual se refiere Marx, según Berman, el cual no es más que la contradicción que pesa sobre los hombres al vivir junto a máquinas con propiedades increíbles para hacer más expedito el trabajo y soportar, al mismo tiempo, el hambre de conseguir más por parte de los dueños de los medios de producción, al mismo tiempo impulsores de la explotación del hombre por el hombre. Una contradicción innata a los tiempos modernos, a la sociedad moderna en su base. Como dice Marx, estos son todos inventos y progresos que “parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen a la vida humana al nivel de una fuerza material bruta” (Berman, 6). Así, el ser humano se siente enajenado en la sociedad moderna que ejerce una fuerza brutal sobre su integridad; a este respecto, el paradigma a considerar es Erdosain, como veremos en el análisis posterior.

Si nos adelantamos un poco más en el tiempo, a fines del siglo XIX, tenemos a nuestra disposición las ideas de Nietzsche, una de las fuentes modernistas a considerar según Berman. Éste nos dice: “Para Nietzsche, como para Marx, las corrientes de la historia moderna eran irónicas y dialécticas: así los ideales cristianos de la integridad del alma y el deseo de verdad habían llegado a destruir al propio cristianismo. El resultado eran los sucesos traumáticos que Nietzsche llamó «la muerte de Dios» y el «advenimiento del nihilismo»” (8). Esta época está caracterizada por el alemán como un mundo en el que todo está preñado de su contrario, es decir, un lugar en donde cada una de las posibilidades -abundantes- y cada uno de los valores -ausentes- tienen su contraposición, el derecho a una segunda palabra, a una réplica igualmente digna. La ya dicha llamada muerte de Dios y el arribo del sentir nihilista complementan lo anterior.

Berman dice que en siglo XX, en donde las polarizaciones y las totalizaciones de los pensadores se hacen más rígidas y burdas con respecto a sus antecesores del XIX,

“la modernidad es aceptada con un entusiasmo ciego y acrítico, o condenada con un distanciamiento y un desprecio neolímpico; en ambos casos es concebido como un monolito cerrado, incapaz de ser configurado o cambiado por los hombres modernos” (11). Roberto Arlt, su obra y *Los siete locos* pertenecen al segundo grupo, aquel que sufre la modernidad y que por lo mismo la escupe y la condena, pero cabe preguntarse si desde su punto de vista ella es realmente vista desde lejos, inalcanzable o, es más, inalterable. La sociedad secreta que dibuja el argentino existe precisamente con el fin de derrocar a esa sociedad más opulenta, más potente y nociva. Siguiendo con lo anterior, en este mismo lado tenemos, unos cuantos años antes, a Max Weber con *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), quien negaba rotundamente la vida moderna y veía a el cosmos del orden económico moderno que imperaba como una “jaula de hierro” que encierra a los hombres y nos los deja liberarse, determinándolos por el sólo hecho de haber nacido dentro de tal mecanismo. Berman comenta, además, que “la sociedad moderna no sólo es una jaula, sino que todos los que la habitan están configurados por sus barrotes; somos seres sin espíritu, sin corazón, sin identidad sexual o personal (...), casi podríamos decir sin ser” (15), pensamiento que coincide con el de los críticos de la modernidad del siglo XX y difiere con los del siglo XIX, en tanto los primeros perdieron “casi por completo esa empatía y esa fe en los hombres y mujeres contemporáneos” (Berman, 15) y los segundos pudieron comprender que, en cierta medida, se podía luchar contra el destino del hombre moderno. De modo que para el estadounidense los del siglo XX –y aunque parezca irónico y contraproducente– cuidan de la “jaula de hierro” y consideran que quita la dignidad interior al mismo tiempo de ofrecer un vacío que los hombres modernos necesitan e incluso anhelan. Respecto a esto, Weber no tenía ninguna suerte de fe absoluta en el pueblo, ya sea en las clases dirigentes o en las más revolucionarias. Al fin y al cabo se llega a una inevitable –aunque parcial– conclusión: desde el siglo XIX que se viene arrastrando la agobiante inacción obligatoria que impone la sociedad. ¿Pueden acaso gobernar los hombres que son parte de la masa, esos mismos hombres vacíos? La respuesta más convincente probablemente es “no”, puesto que esas mismas personas que se reconocen en su mercancía difícilmente puedan rebelarse contra ella, aboliéndola totalmente como fueron abolidas las ideas de Marx, de Freud y de pensadores más recientes. Empero, es cierto que siguen existiendo ciertas esquirlas de esperanza, las cuales se hacen evidentes en la obra de Arlt.

En opinión de Marshall Berman, hoy en día hemos perdido de vista el control de las contradicciones que tuvieron Marx, Nietzsche y sus contemporáneos, quienes tuvieron que captar aquella con “toda su fuerza, en todos los momentos de su vida diaria, simplemente para poder vivir (...)”. Puesto que “si podemos hacer nuestras sus visiones y utilizar sus perspectivas para observar nuestro propio entorno con nuevos ojos, veremos que en nuestras vidas hay más profundidad de lo que pensamos” (27). En cierto modo, el narrador, cronista y dramaturgo argentino que nos preocupa en el desarrollo de este trabajo supo atrapar –o por lo menos intentó– ese gas inaprensible que se desvanecía en el aire, basándose para ello en principios antiguos para su creación, gestando mundos en los cuales sus personajes, construyendo sociedades secretas, pudiesen destruir con ideas y con posteriores actos esa “jaula de hierro” que los mantenía presos dentro de la maraña social y, en consecuencia, de sí mismos. Arlt comprendió que buscar las potenciales raíces del ser humano más íntimo y puro puede llegar a convertirse en una de las mejores armas para combatir la sociedad moderna.

III.2 El Buenos Aires de Roberto Arlt

Tal como Eduardo Mallea, Roberto Arlt, por medio de sus crónicas del periódico *El Mundo*, las *Aguafuertes porteñas* (1950) o las *Nuevas aguafuertes* (1960)¹ que comenzó a escribir en 1928, también retrató la ciudad de Buenos Aires, caracterizando lo urbano de modo costumbrista –tal cual en el siglo XIX los españoles Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón,- y haciendo una irónica y vehemente crítica de la sociedad que allí se estaba gestando a principios del siglo XX, poniendo especial énfasis –a diferencia de Mallea, quien se fija en la burguesía- en las clases medias-bajas y bajas, en el proletariado, en los hombres anónimos y en las relaciones que éstos establecen en el diario vivir de la urbe. En el diario en el cual escribía, Arlt recibía, además, cartas de sus lectores haciendo mención a anécdotas personales o a situaciones cotidianas –lo cual puede, en algún caso, ser sospechoso, debido a que el estilo del que envía y el que lee y responde es bastante similar. En cualquier caso, el argentino solía comentar estas cartas que le enviaban.

En *¿Dónde está el malandrino?* de sus *Aguafuertes porteñas* se nos cuenta el testimonio de un “pequero”, quien estafa y comúnmente hace tramoyas. En la carta, el pequero se refiere a las normas “honestas y naturales” que debiese seguir el hombre en una sociedad civilizada, pero se pregunta: “¿y si las normas naturales fracasan en la lucha por la vida? El derecho natural hace en este caso que el individuo, bien o mal, se acomode para vivir. De allí infiero que la persecución iniciada contra nosotros, será juzgada en los siglos futuros tan inicua como la que Nerón inició contra los cristianos” (Arlt, 126), lo cual delata en lo inmediato las posibilidades nulas que el que remite la carta a Arlt considera al momento de tener que acomodarse a la sociedad, teniendo que funcionar por obligación por medio de vericuetos y un accionar poco convencional. Así, el cronista responde con un título atinente al tema: “Inutilidad de los manuales”. Aquí se explaya diciendo que los manuales son, por supuesto, inútiles, por lo cual la ley y los códigos son insuficientes al momento de aprender el arte de vivir. Se refiere también a los supuestos honrados de la sociedad, los que, a la vez, son las supuestas víctimas de las tretas de los pequeros: “Hay infinidad de personas, que llamamos honradas, perjudicadas por las sutilezas de los pequeros. Mas analizando un poco vemos que la honradez de esas personas que llamábamos honestas, era relativísima; que si efectivamente hubieran sido honradas, nada les ocurriera” (Arlt, 126). Así, Roberto Arlt invierte los roles, dando a entender que los honrados son también aquellos “pícaros sin historia” a los cuales hace mención, aclarando que en cada hombre hay un ladrón y estafador en potencia. Apela también al egoísmo de todos los hombres y a la búsqueda del interés propio por parte de los mismos en la sociedad argentina, considerando la teoría esbozada en el cuento “El Mandarín” de Eça Queiroz, a saber: “Si apretando un botón pudiéramos matar a la distancia en China a un señor que no conocemos y de cuya herencia podríamos disfrutar, pocos seríamos los que vacilaríamos en apretar el botón” (Arlt, 127). Concluye diciendo que, a falta de satisfacción de necesidades, el hombre tiene que pasar de ser honrado a “pobre diablo” y luego a ladrón, afirmando que conoce “casos de personas que son honradas y que han robado”, quienes “perdieron la cabeza durante un minuto y robaron”. Arlt le da la razón al proverbio “homo hominis lupus”, el

¹ A este respecto, vale aclarar que el término “aguafuerte” proviene de una forma de grabado en una plancha o en una lámina de aleación metálica, ya sea de cobre, hierro o zinc. El proceso, explicado resumidamente, consiste en que a tal lámina se le hace un recubrimiento de cera protectora o de barniz, para luego empaparla en una solución compuesta de ácido cítrico y agua, la cual corroe el material del que está hecha la base, dejando surcos cuya profundidad puede variar dependiendo de la concentración y del tiempo en el cual la plancha está sumergida. Después de esto se puede comenzar el proceso de estampación. Resulta importante el hecho de que el trabajo puede retocarse o corregirse, aspecto por el cual creemos que Roberto Arlt nombró “aguafuertes” a sus crónicas porteñas; la sociedad está en continuo cambio bajo una inconsciencia parcial, aunque consciente de sus errores y de lo que se debe hacer para arreglarlos.

cual simplifica que el hombre es con el hombre como un lobo: siempre quiere perjudicarlo, aunque no haya razón para ello. En fin, el porteño cree que tomar esta actitud tiene más de normal que de condenable, debido al apremio que causa vivir en una sociedad como la porteña, y que la decencia es el derrotero a seguir, la cual “en los manuales se manosea, se relaja y se pierde” (Arlt, 128). Siguiendo esto último, otra crónica titulada “¡Si no es para matarlos!” habla sobre un nuevo tipo de estafa, la cual consiste en que un amateur –que no un oculista- haga una venta de lentes que en realidad no lo son, utilizando sólo el arte del convencimiento y “engatusando al prójimo” (Arlt, 154), sacando muchas más ganancias que pérdidas. Todo esto expuesto con un aire sarcástico, haciendo alusión a las instituciones que nada hacen frente a estas situaciones: “El Departamento de Higiene ¿qué hace en tanto? Ni medio. Si el Departamento fuera a ocuparse de todos los sabandijas que brujulean en medio de la ciudad buscando otarios para sus remedios, el Departamento de Higiene no sería de higiene sino de policía. Y como el asunto entra en el terreno de las jurisdicciones...” (Arlt, 156), haciendo una referencia clara a las corruptas instituciones que pululan junto a los ciudadanos en la metrópoli bonaerense, las mismas que los personajes de *Los siete locos* quieren derrocar desde el núcleo más íntimo del infinito mecanismo social. De modo que Roberto Arlt está convencido que todas estas estafas y “pillerías” son síntoma de los tiempos modernos, cuyos intestinos cobijan al género humano, el cual suele destruirse a sí mismo.

También en sus *Nuevas aguafuertes* encontramos la opinión del escritor frente a los hombres que habitan las calles de la ciudad, como Canning y Rivera. Hay judíos aprovechadores y otras bajas raleas que habitan en barrios como el de Cerrito, Talcahuano y Libertad, afirmando que, más allá de lo brumoso del ambiente en la urbe, ellos agregan una “nota de color que ponen en el gris ciudadano”, la cual es “como un perpetuo carnaval” (Arlt, 14). Pero además de referirse a los elementos pequeños de lo urbano, se refiere a los conceptos clásicos y generales utilizados para hablar sobre la sociedad moderna, como ocurre con el “Progreso”. En *¿Para qué sirve el Progreso?*, Arlt afirma que tal lugar común no puede soportar escucharlo más por lo repetido que se encuentra en boca de las autoridades y los opinantes menores, tomando el estatus de moda y evidenciando la estupidez colectiva, diciendo, además, que, junto a la noción de “Civilización”, estas ideas hubieran estado cómodas en su abundancia “en tiempos de Juan Jacobo Rousseau” (14). Culpa al Progreso de que las personas vivan en pequeños departamentos oscuros, cada uno parecido a los otros, puesto que la singularidad de las “casas holgadas, con fondo, jardín y parra” (15) se ha perdido. Dice también que los árboles y la vegetación en general se han extraviado, probablemente, por acción del crecimiento de la ciudad, de eso que llaman el “Progreso”, afirmando que antes “no había prisa en el vivir” (16), que aparatos como el fonógrafo eran increíbles y poco nocivos y que la radio aún no se concebía y el teléfono era sólo propiedad de algunos, haciendo una pequeña mención a la enfermedad del siglo XX y de los tiempos actuales: la neurastenia, el cual no era nada más que “un mal desconocido” (Arlt, 16). De esta forma, Arlt dice que sí a la pregunta de si hemos progresado, sin embargo lo dice con astucia y mucha ironía: “Hemos progresado (...) Es maravilloso. Nos levantamos en la mañana, nos metemos en un coche que corre en un subterráneo; salimos después de viajar entre luz eléctrica; respiramos dos minutos al aire de la calle en la superficie, nos metemos en un subsuelo o en una oficina a trabajar con luz artificial” (17), poniendo atención en la idea de que la luz eléctrica nos inunda y la natural ya no tiene la importancia de antaño. “Cada año nos deterioramos más el estómago, los nervios, el cerebro, y a esto ¡a estos los cien mil zanahorias le llaman progreso! ¡Digan ustedes si no es cosa de poner una guillotina en cada esquina!” (Arlt, 17). Llega a la conclusión final de que el progreso no trae consigo ningún provecho, pues no ayuda a encontrar la felicidad requerida por el hombre, inundándonos

de artefactos y medios expeditos, pero también de descontento generalizado y neurosis a nivel social, inimaginable en tiempos antiguos y más prósperos: “Nosotros tenemos, con la ciencia en nuestras manos, que admitir lo siguiente: lo que hace feliz al hombre es la ignorancia. El resto, es música celestial...” (Arlt, 18).

A pesar de focalizarse en la clase baja de la sociedad, en sus crónicas Roberto Arlt también refiere a “la alta sociedad”. Para él, ese estrato no es más que una utopía inalcanzable en las mentes de los ciudadanos comunes y corrientes, tal cual pasa con los actores y actrices de Hollywood que se pueden ver en los cinematógrafos. “Estos hombres y mujeres (la zoncera no tiene sexo) creen en los ‘misterios de la alta sociedad’. Suponen que ‘allá’ las cosas suceden de distinto modo que ‘aquí’” (35), lo cual no es, evidentemente, del todo cierto. Para ilustrar que tal clase social es un invento que se hace en Buenos Aires después de que alguno se vuelve millonario hace un ejemplo: dice que él mismo, Roberto Arlt, puede llegar a ser rico y a transmitir esa riqueza y su nombre y “abolengo” a sus descendientes, quienes contarán la historia, falsa por supuesto, del padre de su abuelo que “harto de vivir en Europa entre algodón en ramo, se vino a América a civilizar a sus naturales” (Arlt, 36). Para él todo es un invento y la Argentina invisible –como Mallea decía– es la que finalmente prima y se muestra en el día a día metropolitano, diciendo que en esa Argentina hay sinvergüenzas que hablan sobre aquella alta sociedad, se burlan, y al momento de abordarla le rinden pleitesía, adhiriéndose al conjunto de los hipócritas en la enferma sociedad que los circunda.

Por otro lado, el porteño se refiere a los empleados, lugar que él ha ocupado con regularidad en su vida y que los personajes de sus libros también, gremio que ha perdurado en la sociedad de Buenos Aires y que, como tales, tienen deseos de que su vida mejore. Recuerda a un empleado en específico que decía: “La conveniencia de estar empleado consiste en que cuando se deja de trabajar se aprende definitivamente que es preferible hacer cualquier cosa a trabajar doce horas” (Arlt, 85). Éstas son palabras que, para Arlt, representan a todos los empleados de la Argentina; imaginativos, tristes, exhaustos, como otro que recuerda como muestra de los tenderos, es decir, los empleados del comercio, quien alguna vez le dijo al escritor cuando éste entró a una tienda: “-Mire, señor...si no le enseñamos al cliente muchas, pero muchas telas, el patrón nos echa a la calle. De modo que mire y pida sin recelo no más. Me hace un gran favor.”. Se refiere también al empleado más independiente, al que posee “mayor respeto de parte de los que le rodean y tranquilidad en lo que atañe a su futuro” (86): el artesano, el cual no tiene que seguir la dinámica industrial de un patrón que si no lo necesita se deshace de él, como pasa con los demás, quienes son, en su opinión, “santos de verdad”, pues se pasan “ocho y diez horas en una oficina donde se trabaja de verdad” (87).

Para complementar lo dicho, cabe aclarar que Roberto Arlt, con los artículos que publicaba en *El Mundo*, reflejaba la desdicha propia del hombre medio de Buenos Aires, criticando a los diseños omnipotentes e instituciones mayores que provocan ese estado de alienación, angustia y tristeza aparentemente perpetuas, similares o quizás equivalentes a las que corroen a los siete locos, las cuales, además, los impulsan a pensar la sociedad secreta –con el Astrólogo como máximo gestor, como dijimos, para probablemente crearla y estremecer con sus estrategias letales a la sociedad moderna.

IV. El existencialismo y Roberto Arlt

Podés saltar de un trampolín, batir un récord en patín, podés hacer un gol y podés llevar tu nombre al cielo.

Charly García.

IV.1 El existencialismo, el decadentismo, el escepticismo y el activismo según Norberto Bobbio

Sin duda, los personajes de *Los siete locos* son seres existenciales. Pero no existencialistas en cuanto relacionados directamente con la filosofía de Jaspers, Kierkegaard, Heidegger, Camus o Sartre, entre otros pensadores ligeramente posteriores a la fecha de publicación de la novela de Arlt. Son existenciales porque viven en la angustia y el tedio propios de quienes crecen en las ciudades modernas, específicamente el Buenos Aires de la época del escritor.

En *El existencialismo* (1944), Norberto Bobbio hace un comentario del movimiento filosófico que se gestó en la primera mitad del siglo XX y que fue evolucionando a medida que el siglo llegaba a su fin, pasando por las ideas de filósofos como Jaspers y Sartre, desde una perspectiva de la figura que él identifica como el “decadente”: el hombre de los tiempos modernos que vive en una continua situación espiritual deplorable. El hombre decadente se opone al escéptico, quien es una especie de hombre mundo, como dice Bobbio: “Mientras el escéptico se mofa, el decadente se acongoja; al ánimo turbado del decadente el escéptico opone su propia imperturbabilidad” (30). El decadentista, hijo del decadentismo, que es el fruto amargo de una cultura que se diluye progresivamente, quien además “es incapaz de acción en el mundo, su forma de actuar siempre es extraordinaria, extravagante, antisocial, en lucha con el mundo” (31). Este tipo de hombre no se afirma a la sociedad, la quiere soltar y escaparse. Bobbio también habla del activista, el estadio posterior al del decadente, con la diferencia de que éste difiere de aquel en que el primero puede llegar a la acción, es decir, no a la mera contemplación. Las razones del activismo se resumen en “‘hacer por el gusto de hacer’ (...) destruir por el gusto de destruir” (Bobbio, 31), como pudiera pasar con los siete locos, con respecto a quienes consideramos que, sin embargo, y por lo menos en el primer libro de la historia que constituye el núcleo de este trabajo, permanecen entre el estadio de la observación, el análisis, las ideas, y el actuar, que podría concretarse en la continuación de la novela. Más que seres existenciales son seres decadentes y decadentistas. “El decadentismo, mucho más que un gusto literario o un estado de ánimo, es una actitud vital: implica, pues, una determinada concepción del mundo y repercute en todos los actos de la vida espiritual” (Bobbio, 44); aquella es la actitud que toma frecuentemente el hombre moderno, ansioso y angustiado, y se aleja de toda tendencia de tipo literario o de algún estado en el ánimo determinado, es una forma de vivir que se basa en que el hombre se arremolina sobre sí mismo y se limita a mirar el fustigante mundo a su alrededor, y se asemeja pero también se distancia del hombre existencialista por excelencia: “El hombre del decadentismo-existencialismo es un hombre

nuevo y diverso: no tiene ni la salud del primero ni el orgullo del segundo; no recoge en sí el aliente del universo, ni está sumergido él mismo en el universo, sino aislado y encogido en sí" (Bobbio, 45), universo que podría ser tanto el físico como el social relacionándose entre sí. Así, "el tedio le revela la totalidad del ser o la angustia el abismo de la nada de donde ha brotado su existencia" (Bobbio, 45), en cuanto ser arrojado a la tierra por el Amo –ya sea Dios o la sociedad impuesta.

Como Erdosain, el ser ficticio del cual hablamos y, por extensión, el hombre moderno de las novelas de Roberto Arlt en general y de *Los siete locos* en particular, "ha interrumpido todo vínculo real con lo trascendente, ha aprisionado en su interior el espíritu universal, ha roto toda ligazón con la naturaleza. Vive en el reino de lo posible, de una posibilidad nunca lograda" (Bobbio, 46). Y, por supuesto, así es el protagonista del relato: desea y sueña ser poderoso a través de la sociedad secreta y del capital que pueden proporcionarle sus flores de cobre. Vive de esperanzas, de esa posibilidad que solamente está arreciada en su mente pero que, como tal, es inalcanzable. Por su condición está destinado al derrotero de la no consecución de sus objetivos. Como decía Arlt en las *Aguafuertes*: no existe el progreso, ya no hay avance alguno: "La idea del progreso inexorable queda reemplazada por la idea del fracaso inexorable" (Bobbio, 47). La filosofía de la crisis considera, además, que plantear a la salvación como un problema no es el meollo de las consideraciones del hombre del existencialismo, puesto que la salvación misma consiste en no planteársela como un obstáculo o un problema a resolver, como decíamos. De manera que ella "consiste en el acto de decisión con que él mismo, decidiendo aceptar su naturaleza finita, sin alicientes mundanos o extramundanos, cumple su propia misión sin preocuparse por salvarse frente a la historia o frente a Dios, sin escuchar otra llamada que el de la sinceridad interior, que lo invita a considerar la salvación como una ilusión o como una celada" (Bobbio, 48), es decir, el hombre de esta casta desamparada se yergue frente al mundo y se sabe solitario y dueño de sus propias manos, por lo cual se considera a sí mismo grande y capaz, aunque realmente no lo sea. Bobbio nos dice que Pascal dijo una vez: "El hombre sabe que es miserable; es, pues, miserable, ya que es; pero también es muy grande, puesto que se sabe miserable" (48). Saberse humillado, como Erdosain, es encontrar cierto placer en las tormentas cotidianas, es conocer las verdaderas limitaciones y hacer lo necesario para que no existan como tales.

Por otro lado, tenemos la idea del colectivismo, del cual también habla el filósofo italiano en *El existencialismo* cuando refiere a la relación entre éste y la sociedad. "El colectivismo aparece como un desafío a la existencia singular, que se hace a un lado, amedrentada por la continua amenaza de absorción por parte de la masa anónima de los otros, y busca su propia salvación en la soledad, en la cual únicamente alcanza su propia autenticidad" (Bobbio, 75). El existencialismo se muestra como una evasión a la opresión social circundante, que posee esa masa anónima absorbente de la que habla Bobbio. Los sujetos liminares de *Los siete locos*, por ejemplo, son hombres que están en la sociedad que los reprime; se encuentran oprimidos pero, por las razones que dijimos anteriormente, están en cierta medida libres metafísicamente. Siguiendo a Kierkegaard, "La multitud (...) es la no-verdad; el 'singular' es la verdad. Quien se abandona a la multitud está perdido, ya que a nadie le está cerrada la posibilidad de devenir un 'singular', sino a aquellos que por sí mismos se la cierran al querer ser muchedumbre" (Bobbio, 76). Atendiendo a lo dicho, puede decirse que los siete locos, los sujetos liminares que ahora nos interesan, intentan no sumergirse en lo social, en lo rutinario y repetitivo, sino que aislarse y crear su sociedad secreta, también liminar, con el fin de derrocar a esa otra sociedad enferma que los corrompe. De forma que Heidegger, y también Jaspers, se cierran a la posibilidad de que la solución al problema que nace desde la relación entre el yo y los demás se

contente con la pura inclusión de la sociedad como sí. Así, pues, el anonimato absoluto es una vía a considerar, aunque no definitiva ni taxativa en relación con el perder la identidad dentro de la urbe: “En el anónimo de la vida cotidiana el hombre se encuentra a sus anchas como si estuviera en su casa; echado en el mundo como un ser que va hacia la nada, se abandona de buen grado a la dispersión en la impersonalidad mediocre y niveladora para escapar a la angustia frente a la nada que él experimenta cada vez que se encuentra frente a sí misma” (Bobbio, 77). Tanto la angustia como la soledad son a la vez dudas abrumadoras y armas letales para pararse frente y enfrentar a la sociedad, las cuales ocupa el individuo mismo, único y que no puede reemplazarse. El hombre que se anula en lo social “ya no podría resurgir como Existencia (...) Por lo tanto, el hombre como Existencia debe estar en continua tensión con las instituciones objetivas de la sociedad” (Bobbio, 78), lo cual es lo que hacen ritualmente los protagonistas de la novela estudiada, ya que como pertenecientes a un estado de cosas, ellos tienen que ser los sujetos liminares, los rebeldes idóneos para el proyecto alternativo en contra de la sociedad como prisión. En este sentido, para Jaspers, a diferencia de Heidegger y Kierkegaard, la consideración del otro es esencial: “Jaspers reconocer el valor de la presencia del otro para el esclarecimiento existencial: tal comunicación es un elemento necesario de la revelación de la Existencia a sí misma” (Bobbio, 79). El individuo, y los otros en cuanto ayudan a la comunicación como una integración recíproca –como la sociedad secreta, que da el sí a la libertad, está en primer plano, es la figura; en cambio, la sociedad está en el fondo. Es lo que hay que atacar, es lo que de alguna manera propicia el encuentro de los hombres históricos fuera de la sociedad porque justamente ésta existe. Pero esos hombres no saben qué hacer precisamente, aunque devienen auténticos por su condición y las características que hemos esbozado y en las cuales ahondaremos más al momento de analizar algunos capítulos de la novela.

Ray Loriga, un escritor español, dijo en *Tokio ya no nos quiere* (1999) que lo único que queda en la sociedad moderna en la cual moramos son “flores para los muertos y sonrisas de opio para los vivos”, lo cual denota cierta atmósfera pesimista en nuestra actualidad. Bobbio se pregunta y reflexiona: “¿Y qué más es el hombre que el existencialismo perfila sino un espectro que da vueltas entre la sombras, porque es una sombra él mismo; que no teme a la muerte, más aún, la enfrente a cara descubierta, porque él mismo ya está muerto? Para un mundo de muertos, una filosofía de espectros” (83). El existencialismo parece una filosofía que estuvo siempre presente y que hasta el día de hoy no ha llegado a su fin; una corriente que se hace esencial para comprender a cabalidad los procesos por los cuales pasan los sujetos liminares de *Los siete locos* de Roberto Arlt.

IV.2 El hombre rebelde de Albert Camus

Si bien *El hombre rebelde* (1951) del francés Albert Camus es un tratado filosófico existencialista bastante posterior a *Los siete locos* (1929) de Roberto Arlt, algunos pensamientos y postulados hechos en el ensayo pueden vincularse en cuanto llevan relación con el hombre moderno y su condición de rebeldía frente a la sociedad.

El hombre rebelde es quien, habiendo sido esclavo de la sociedad, dice súbitamente que “no” a las órdenes que ha recibido toda su vida, cometiendo, en algunos casos, un crimen. Camus dice que “hay crímenes de pasión y crímenes de lógica. La frontera que los separa es incierta. Pero el Código Penal los distingue, bastante cómodamente, por la

premeditación.” (9). De estos crímenes, podemos afirmar que el potencial –el cual podría llevar a cabo Erdosain junto a la sociedad secreta- lo hace uno de lógica: premeditado, reflexionado, pensando incluso hasta por medio de un silogismo e hijo de una decisión específica que se toma después de estos procesos. Los siete locos son, así, criminales de la filosofía, de las ideas sobre la posición ante el crimen, pues la filosofía puede convertir a quienes son asesinos en jueces de una sociedad enfermiza. “No podemos actuar sino en el momento que es nuestro, entre los hombres que nos rodean. No sabremos nada mientras no sepamos si tenemos el derecho de matar a ese otro que está ante nosotros y de consentir que lo maten” (Camus, 10), idea que nos recuerda el asesinato de Barsut por parte del Hombre que vio a la Partera, en presencia de Erdosain y el mismo Astrólogo, en lo cual ahondaremos más adelante. Aunque parezca paradójico –por el hecho de que los personajes de la novela se encuentran fuera de la sociedad, ellos sí tienen una ideología determinada, no menos aceptable por ser una amalgama de ideologías fascistas y de izquierda que tiene un norte en especial: el derrocar a la sociedad y pulverizar a los innecesarios que están en ella. “Hoy día la ideología sólo niega a los otros, los únicos engañadores. Entonces, se mata. Cada alba asesinos de uniforme se deslizan en una celda: el asesinato es la cuestión” (Camus, 10). Puesto que Erdosain fue cómplice de un crimen con el fin de “ser”, podría entrar en esta categoría. Los hombres modernos apuestan por un movimiento y una acción en particular, imbuidos en el absurdo pero apoyados en la vida, según Camus, es decir, diciendo que no al suicidio; sin embargo, Erdosain, en *Los lanzallamas*, comete suicidio. No es enteramente un hombre rebelde a la manera del francés pero sí coincide en bastantes aspectos esbozados en *El hombre rebelde*.

Por lo tanto, hay una lógica subyacente al crimen a pesar del absurdo circundante –que no peyorativo, puesto que “si no se cree en nada, si nada tiene sentido y no podemos afirmar valor alguno, todo es posible y nada tiene importancia” (Camus, 11), por lo cual, bajo este matiz, el crimen se hace plausible y moralmente –desde la filosofía de Camus- aceptable: “No siendo nada verdadero ni falso, bueno ni malo, la regla consistirá en mostrarse el más eficaz, es decir, el más fuerte. Entonces el mundo no se dividirá ya en justos e injustos, sino en amos y esclavos” (11). Los siete locos son los esclavos de la sociedad, y así se considera el protagonista. Empero, quieren invertir los términos y ser los amos, quieren supeditar a la sociedad partiendo de la base de una sociedad alternativa, organizada y tenaz, careciendo de contemplaciones frente a quienes puedan entorpecer su tarea, negando sus razones y considerando que las propias son las correctas. Erdosain, siguiendo a Camus, no es nihilista a medias, y no lo es porque consiente un asesinato –falso, por cierto- y luego, en la continuación de *Los siete locos*, se mata: “No se es nihilista a medias. El razonamiento absurdo no puede a la vez preservar la vida del que habla y aceptar el sacrificio de los demás” (Camus, 13). Es por esto mismo que negar una existencia desprovista de elección alguna es inconcebible, ya que “respirar es juzgar” (Camus, 14): así, “la posición absurda, de hecho, es inimaginable” (Camus, 14). Es en sí misma una contradicción, además de ser un sentimiento entre otros que, como tal, no pierde importancia; que él “haya dado su color a tantos pensamientos y acciones entre las dos guerras prueba únicamente su potencia y su legitimidad” (Camus, 15).

La existencia de un hombre moderno y, es más, rebelde como Erdosain, está provista de un desgarramiento inicial que puede transformarse en placer, es decir, hacerse agradable, como podemos notar cuando el protagonista siente cierto gozo al ser humillado por su esposa, el Capitán y Barsut. Como Rimbaud, para Erdosain la vida es “una farsa que tienen que representar todos”, y él cumple su papel a cabalidad sintiéndose miserable y disfrutando con ello. Pero también posee su opinión, su rebeldía intrínseca que, junto a la presión social que rehúye convirtiéndose en un sujeto liminar, lo conmina a cometer el

asesinato: “Yo grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito y tengo que creer por lo menos en mi protesta. La primera y la única evidencia que me es dada así, dentro de la experiencia absurda, es la rebelión”, cuya gestación se cultiva a causa de “una condición injusta e incomprensible” (Camus, 15), afirmándose a sí misma, extrayendo sus razones de sí misma y yendo en contra de un entorno brutal.

IV.3 El existencialismo es un humanismo de Jean Paul Sartre

El existencialismo es un humanismo (1946) de Jean Paul Sartre es, también, un texto posterior a la obra de Arlt. Sin embargo, varios conceptos acá esbozados se hacen provechosos para considerar en relación con nuestro trabajo. El francés hace un manifiesto para defender al existencialismo de reproches y críticas y para aclarar que, como tal, el existencialismo aplicado a los hombres es un humanismo, otorgando razones para ello.

Refiriéndose a la filosofía del siglo XVI, Sartre dice que Dios, cuando crea, sabe con precisión qué es lo que está creando, como la industria, en la modernidad, sabe qué está produciendo: “Así el concepto de hombre en el espíritu de Dios es asimilable al concepto de cortapapel en el espíritu industrial” (16), por lo cual, como decíamos, el hombre es arrojado al mundo, a su propio porvenir, cual proyecto, un “proyecto que vive subjetivamente” (18). El resultado es que el existencialismo es un humanismo porque el hombre es responsable de lo que es y en lo que se convierte después de ser lanzado, pero, al mismo tiempo, es responsable además de todos los hombres y no solamente de su mera subjetividad, lo que nos recuerda inmediatamente la existencia de la sociedad secreta en pos de intereses individuales, los que sin embargo también afectan tangencialmente a la raza humana, desde los ciudadanos de Buenos Aires hasta la Argentina y el mundo entero. El existencialismo del que habla Sartre dice –al igual que Berman, Bobbio, Camus, etc.– que el hombre es angustia, pues sobre él recae una responsabilidad. Así, “el existencialista suele declarar que el hombre es angustia. Esto significa que el hombre que se compromete y que se da cuenta de que no es sólo el que elige ser, sino también un legislador, que elige al mismo tiempo que a sí mismo a la humanidad entera, no puede escapar al sentimiento de su total y profunda responsabilidad” (Sartre, 21). Para el pensador francés, sin embargo, hay muchos que no están angustiados; pero aquellos huyen su propia angustia, la camuflan. De manera que comprendemos que la angustia es un sentimiento, un estado de ánimo que atraviesa al hombre moderno en general. Pero esta misma angustia no lleva a la inacción, lo cual nos recuerda a los postulados que llevaron a reflexionar a Bobbio; hay responsabilidad, por lo tanto “se trata de una simple angustia, que conocen todos los que han tenido responsabilidades” (Sartre, 24), y que conocen más los que son jefes, pues todos ellos conocen la angustia. “Esto no les impide obrar: al contrario, es la condición misma de acción: porque esto supone que enfrentan una pluralidad de posibilidades, y cuando eligen una, se dan cuenta de que sólo tiene valor porque ha sido elegida” (Camus, 24), como el ideólogo del grupo de los siete locos: el Astrólogo, en quien profundizaremos más adelante.

La angustia también existe porque Dios no existe, y así el hombre se encuentra desamparado frente a los demás –de quienes, dijimos, es responsable- y frente a la vida en su totalidad. Siguiendo a Sartre, que Dios no exista para el existencialismo es una realidad incómoda, puesto que “con él desaparece toda posibilidad de encontrar valores en un cielo inteligible; ya no se puede tener el bien a priori, porque no hay más

conciencia infinita y perfecta para pensarlo” (Sartre, 26). De forma que, siguiendo a un escritor que influyó bastante en la obra de Arlt, Dostoievsky, quien es citado por el filósofo existencialista, podemos decir que “Si Dios no existiera, todo estaría permitido”. De acá parte el existencialismo, del hecho de que el hombre está abandonado, sin posibilidad de aferrarse, por lo menos duraderamente, en algo sólido, en algo que no se desvanezca en el aire, siguiendo a Berman, quien, a su vez, sigue en la frase a Max. En la misma idea, Sartre llega a la conclusión de que el hombre es libertad, es libre y está condenado a serlo; condenado porque, como vimos, no se ha creado espontáneamente a partir de sí mismo, y libre por la responsabilidad que recae en él al existir. Retomando lo dicho a partir de la ausencia de valores y acatando esta noción de libertad, se colige, según Sartre, que “ninguna moral general puede indicar lo que hay que hacer; no hay signos en el mundo” (34). De modo que el hombre se crea sus propios signos, y toma así la responsabilidad de descifrarlos, puesto que él, sin embargo lo expuesto en relación a que Dios es el productor, “se hace al elegir su moral, y la presión de las circunstancias es tal, que no puede dejar de elegir una” (Sartre, 54). Le corresponde al hombre crear sus valores, pues, como se explaya Sartre, “si he suprimido a Dios padre, es necesario que alguien invente los valores (...) Y, además, decir que nosotros inventamos los valores no significa más que esto: la vida, a priori, no tiene sentido. Antes de que ustedes vivan, la vida no es nada; les corresponde a ustedes darle un sentido, y el valor no es otra cosa que este sentido que ustedes eligen” (61). El sentido escogido por los siete locos es, por ejemplo, derrocar a la sociedad moderna, a la ciudad, a la urbe carente de piedad, y así crear la sociedad secreta.

Pese a lo anterior, el hombre de igual manera queda, repetimos, desamparado, sentimiento que va junto con la angustia y la desesperación, lo que quiere decir que lo que hacemos depende de nuestra voluntad o el grupo de probabilidades que permiten nuestra acción en el mundo. Como Erdosain, la última salvación de los hombres es crear ellos mismos, siendo proyectos, un proyecto; la cooperación en la sociedad secreta del Astrólogo es su caso. De lo esbozado se puede decir, junto con Descartes, que el obrar sin esperanza es lo centrífugo del accionar del hombre; “vencerse más bien a sí mismo que al mundo”. Pero para ello, es cierto, hay que vencer primero al mundo con una voluntad dura y un compromiso férreo: “En primer lugar, debo comprometerme; luego, actuar según la vieja fórmula: ‘no es necesario tener esperanzas para obrar’” (Sartre, 38). Y el obrar es ya escoger algo: “La elección es posible en un sentido, pero lo que no es posible es no elegir” (Sartre, 51). El existencialismo es, así, un “antiquetismo”, pues se opone al quietismo, en cuanto el hombre no es nada más que su proyecto. Sartre dice: “La doctrina que yo les presento es justamente lo opuesto al quietismo, porque declara: sólo hay realidad en la acción; y va más lejos todavía, porque agrega: el hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza, no es por lo tanto más que el conjunto de sus actos, nada más que su vida.” (39).

También Sartre se refiere al otro y su importancia fundamental en las ideas existenciales, pues aquel se hace indispensable a la vida del uno en cuanto el conocimiento que se tiene de sí mismo y en la ausencia del desvelamiento que ayuda al interdescubrimiento. El otro es también una libertad, “que no piensa y que no quiere sino por o contra mí” (47). Acá está el mundo de la intersubjetividad, mundo en el cual el hombre decide, como dijimos anteriormente, haciendo mención a la responsabilidad, lo que es y lo que los otros son.

En fin, queda mencionar lo que dice el francés en relación al hombre y su conexión con la divinidad suprema: “El existencialismo no es tanto un ateísmo en el sentido de que se extenuaría en demostrar que Dios no existe. Más bien declara: aunque Dios existiera,

esto no cambiaría (...) No es que creamos que Dios existe, sino que pensamos que el problema no es el de su existencia; es necesario que el hombre se encuentre a sí mismo y se convenza de que nada puede salvarlo de sí mismo” (Sartre, 65). A este respecto, Erdosain y sus compañeros se saben desamparados frente a Dios, como lo demuestran algunas conversaciones del Astrólogo con el protagonista, pero también tienen presente que como tales se hace difícil rescatarse de sí mismos y de sus limitaciones.

Dicho y considerado todo lo anterior, es necesario avanzar hacia el análisis de la novela en cuestión para llevar a cabo lo expuesto en la hipótesis principal y así, de igual manera, cumplir los objetivos propuestos.

V. Análisis

*Te mato o me escapo,
brutal es tu desprecio.
Te miro a los ojos,
te encuentro conocido...
¿Vos también sos argentino?
Bersuit Vergarabat*

V.1 Los sujetos liminares

William Siemens, en *Mundos que renacen: El héroe en la novela hispanoamericana moderna* (1984), desarrolla un estudio sobre los héroes de novelas de Carpentier, Rulfo, Cortázar, García Márquez, Cabrera Infante, Vargas Llosa, Fuentes y Roberto Arlt. Con respecto a lo dicho, Siemens afirma lo siguiente: “A nuestra generación le parece aceptable que un escritor cree un personaje con motivaciones más o menos nobles y con, por lo menos, una aceptable capacidad para superar los obstáculos que se le presenten” (11), lo cual se cumple en cierta medida en el héroe de Arlt, pero con algunas salvedades. En este caso, nuestro héroe es Augusto Remo Erdosain, un “auténtico fracasado” (Siemens, 11), quien aparentemente viene a salvar la sociedad de la desgracia que la hunde. Para nosotros, Erdosain es un sujeto liminar: es decir, un individuo que se encuentra en los límites de la sociedad moderna a nivel general (Berman) y de la sociedad de Buenos Aires de la época de Roberto Arlt, precisado así más particularmente. Además de encontrarse en los márgenes de lo social, está en las afueras de una sociedad burguesa –con las instituciones como la Familia, el Matrimonio, etc.- que este sistema representa, mecanismo al cual no pertenece del todo, puesto que, como nos percatamos al principio de la novela, nuestro protagonista ha cometido un crimen: ha estafado por seiscientos pesos con siete centavos a la empresa Limited Azucarar Company en la cual trabajaba y ha sido sorprendido, delatado a la compañía por Gregorio Barsut, primo de Elsa, su mujer. El desacato es el primer paso para que el personaje principal de *Los siete locos* piense en algo mayor, en algo que le haga ir más adelante y que lo haga levantarse de su existencia derruida por el cansancio y la abulia. Como afirma en una conversación entre el Rufián Melancólico, el Astrólogo y él, Erdosain dice que no robó por necesidades imperiosas, aunque las tuviese; robó por placer y en medio de la locura: compró golosinas, almorzó comidas superfluas en restaurantes caros, bebió licores costosos y disfrutó dando propinas cuantiosas. Siguiendo esto, Siemens describe a Erdosain como un “personaje muy moderno, representante de la humanidad de principios del siglo XX”, quien “busca dar coherencia a su vida mediante alguna especie de transformación heroica” (24), la cual se hace evidente: su propio encumbramiento y la cooperación que puede llevar a cabo en la sociedad secreta que quiere crear Astrólogo, el máximo gestor de tal proyecto, a quien nos referiremos en párrafos próximos.

Erdosain está consciente de que sus problemas son interiores: la angustia que camina con él es un aspecto inmanente de su personalidad, pero las circunstancias también hacen que ella se acreciente y que sus motivaciones, ideas y acciones comiencen a nacer poco a poco. Entonces, con respecto a lo que es y lo que le pasa, como dice Siemens, “el punto más importante es que Erdosain desea una transformación” (26). Sabe qué es y cuál debe ser su manera de ver las cosas, pero está sumido en la tristeza, está agobiado:

Sabía que era un ladrón. Pero la categoría en que se colocaba no le interesaba. Quizá la palabra ladrón no estuviera en consonancia con su estado interior. Existía otro sentimiento y ése era el silencio circular entrado como un cilindro de acero en la masa de su cráneo, de tal modo que lo dejaba sordo para todo aquello que no se relacionara con su desdicha (Los siete locos, “Estados de conciencia”, 23)

El protagonista se encuentra en lo que él llama “la zona de la angustia”. Ésta es una atmósfera soporífera que él se imagina que atraviesa el aire por arriba de las ciudades, la cual concebía como la representación de los desiertos en los mapas. Además, y como decíamos en cuanto a la necesidad del placer de sentirse lastimado –como decíamos cuando hablábamos del libro de Bobbio, él también siente un afán de humillación: se compara con los santos y se siente un lacayo, y lo es. Efectivamente, es un esclavo de la sociedad:

-Sí, yo soy un lacayo. Tengo el alma de un verdadero lacayo –y apretaba los dientes de satisfacción al insultarse y rebajarse de ese modo ante sí mismo. (Los siete locos, “Estados de conciencia”, 26)

A pesar de ello, la inestabilidad también es parte de su forma de entenderse a sí mismo. Los desvaríos constantes hacen que reniegue de un momento a otro de las ideas cuyas raíces ya parecían haberse implantado en su mente. Y recuerda a su esposa y lo que ella le provoca, quien más adelante lo dejará por el Capitán, lo cual atenuará su situación, sumándose esta circunstancia a la bofetada que Barsut le propina y a muchos de los factores que constituyen el sumergimiento casi perpetuo de Erdosain:

Más cuando desaparecían de él esas imágenes, y sólo quedaba en su conciencia el “deseo de conocer el sentido de la vida” decíase: -No, yo no soy un lacayo... de verdad que no lo soy... -y hubiera querido ir a pedirle a su esposa que se compadeciera de él, que tuviera piedad de sus pensamientos tan horribles y bajos. Mas el recuerdo de que por ella se había visto obligado a sacrificarse tantas veces, le colmaba de un rencor sordo, y en esas circunstancias hubiera querido matarla (Los siete locos, “Estados de conciencia”, 27)

Cuando cae en la desesperación, el protagonista se pregunta constantemente qué es lo que hecho con su vida. Los torbellinos imaginarios que lo saturan lo hacen un personaje especial entre los siete locos. Él es, quizás, el más incoherente, el menos práctico de todo el relato –en relación con el Astrólogo, por ejemplo. Siemens comenta: “Erdosain, el personaje de Arlt, es un loco caracterizado (...) por una incoherencia mental” (27). Además de ello, y con relación al crimen posterior, “Erdosain (...) no tiene conciencia de nada, pues todo en él se orienta al asesinato de cierto individuo y a colaborar en el establecimiento de una sociedad aún más opresora que aquella en que vive” (Siemens 28). Por su lado, Rojas González, en *Una aproximación a Los siete locos y Los lanzallamas* (artículo al cual citaremos de ahora en más cuando nos refiramos a Rojas González), lo ve desde el punto de vista de la destrucción de la ciudad pero también desde la posibilidad de afirmación personal: “En Erdosain, la necesidad del crimen también conlleva el gesto de irrumpir en la escena cotidiana de la

ciudad, para ‘violar el sentido común’ y no sumergirse sin vuelta en el lodo suburbano de la humillación” (19), condición que se hace ver en los pensamientos de Erdosain en el capítulo “Arriba” del árbol”. Junto a lo dicho, esta incoherencia mental y esta inconsciencia es casi continua durante toda la novela, por lo cual de ahora en más –y considerando a partir de esto lo anterior- nos preocuparemos de otros aspectos que hacen a Erdosain un personaje característico entre todos.

Desde las páginas iniciales de la novela se nos deja en claro que Erdosain está, de alguna manera, loco, pues sufre –literalmente- los desvaríos que decíamos y vaga entre una opinión, una idea extraña, entre un extremo y otro sobre el crimen, su estado social y su esposa. A pesar de esto, siente desde los primeros capítulos que los angustiados no saben qué lo es están haciendo en el mundo, no saben cómo reaccionar frente a él. Cuando conversa con Ergueta, el farmacéutico que ha interpretado el Apocalipsis a su manera y que, según él, ha encontrado la clave para convertirse en el Rey del Mundo –el que es además a quien primero acude para que lo ayude con el dinero y así devolvérselo a la compañía, Erdosain dice:

-(...) ¿Sabés? La angustia... Un tipo angustiado no sabe lo que hace... Hoy roba un peso, mañana cinco, pasado veinte, y cuando se acuerda debe cientos de pesos. Y el hombre piensa. Es poco... y de pronto se encuentra con que han desaparecido quinientos, no, seiscientos pesos con siete centavos. ¿Te das cuenta? Ésa es la gente que hay que salvar... a los angustiados, a los fraudulentos (Los siete locos, “Un hombre extraño”, 37)

Erdosain también siente odio. Odio contra la Argentina visible y noble que envidia, ve e imagina todos los días, pero fundamentalmente odio por Barsut –un odio recíproco, por cierto. Barsut, de físico, gestos excéntricos, ideas macabras y un actuar extraño, visita en varias oportunidades su hogar y comparte con él y es quien, a su vez, se convierte en el segundo intento para el protagonista de conseguir el dinero robado, en pos de devolverlo, y en el escogido por la sociedad secreta para ser secuestrado con el fin de robarle dinero y construirla. Siguiendo lo anterior, Erdosain podría odiarlo porque a veces lo siente incoherente, triste sin razón y otras veces radiante sin motivo, además de sentirlo muy parecido a sí mismo. Como dice Siemens: “Resulta evidente desde el principio de la novela que las cualidades de Barsut que exasperan a Erdosain coinciden con las peores características que posee él mismo, pero, en vez de aceptarse tal como es y mediante ello ser cada vez más maduro, Erdosain intenta matar en la persona de Barsut las características inaceptables” (38), asesinato que tiene que ver con la posibilidad de “ser a través del crimen” por parte de Erdosain. Rojas González dice que Erdosain es un “(...) *suicida descarnado*” que “se concibe como la muerte; como la negación: para existir, para ser, debe ir en busca del crimen” (25). Nuevamente siguiendo a Siemens, éste dice que “en el caso de Erdosain, Gregorio Barsut representa la figura del hermano ya mencionada varias veces antes” (37), lo cual es equivalente a decir que Erdosain, tal cual mencionábamos, va a matarse a sí mismo en el espejo en donde se muestran los peores defectos. Pero, en principio, sencillamente no hay razones para el odio que provocará el crimen, para ese rencor indisoluble; sólo está ahí:

Erdosain odiaba a Barsut, pero con un rencor gris, tramposo, compuesto de malos ensueños y peores posibilidades. Y lo que hacía más intenso este odio era la falta de motivos. (...) Faltaba el motivo concreto, y ese rencor subterráneo se extendía en él como un cáncer. Erdosain encontraba en cada gesto de Barsut

razones para encorajinarse y desearle muertes atroces. (Los siete locos, “El odio”, 43-44)

Además de delincuente en las puertas de la cárcel, Erdosain, al igual que Arlt, es un inventor frustrado. Aparte de creer que una peste de bacilos puede ser un arma letal en poder de la sociedad secreta del Astrólogo, tiene un proyecto de rosas de cobre que parece incluso poético por lo estético del proceso², además de que en ningún momento llega a concretarse realmente. Esto tiene directa relación con la mentalidad de los siete locos y del propio Erdosain. Comenta Siemens que esto está vinculado decididamente con la modernización de las ciudades a principios del siglo XX: “la aparición de un proceso industrial para revestir rosas refleja el oscurecimiento de las relaciones humanas, consecuencia de la deshumanización de la vida en un mundo orientado a la tecnología” (41). Como Arlt, tiene la idea de conseguir su propio dinero a través de sus propias nociones, apartándose así de la sociedad moderna y todo su engranaje económico. Es un inventor que tiene esperanzas de que sus inventos prosperen, que divaga sobre las posibilidades de que ello ocurra y que sueña con lo que sucedería si tuviera éxito y, también, con la vida de quienes no necesitan de inventos miserables para subsistir dignamente, agregándose a esto el peso de haberse convertido en un delincuente:

Miraba largamente los pasamanos que en los balcones negros fulguraban redondeces de barrar de oro, las ventanas pintadas de color gris perla o leche teñida con unas gotas de café, los cristales cuyo espeso debía tornar aguanosa las imágenes de los transeúntes. Las cortas de gasas, tan livianas que sus nombres debían ser bonitos como la geografía de los países distantes. ¡Qué distinto debía ser el amor a la sombra de esos tules que ensombrecen la luz y atemperan los sonidos! Sin embargo, él debía seiscientos pesos con siete centavos. (Los siete locos, “Los sueños del inventor”, 46-47)

Siempre sigue imaginando y concibe que un “millonario melancólico y taciturno” lo llama hacia su casa y que, por un momento, pertenece a ese mundo en el cual todo es hermoso y todo está revestido de un equilibrio perfecto entre luminosidad y sombras, a esa sociedad utópica de la cual hablaba en sus crónicas, en la cual la majestuosidad de las formas y lo apacible de los lugares prima:

Y el criado lo llama. Él lo seguía. Cruzaban un jardín erizado de cactus, entraban a un salón y permanecía sólo durante unos minutos. Todo el edificio estaba a oscuras. Una lámpara brillaba en un rincón del salón. Sobre la ménsula del piano, piezas de música esparcían la fragancia de los papales tocados siempre por manos femeninas. En el alféizar de una ventana cubierta de linones violetas estaba abandonada la cabeza de mármol de una mujer. Veíanse forrados los almohadones de las frailerías de géneros que parecían pinturas cubistas, y sobre el escritorio había ceniceros de bronce negro y polichinelas de mil colores. (Los siete locos, “Los sueños del inventor”, 49)

² Estos inventos son los que se gestan a partir de lo que Rojas González, en *Una aproximación a Los siete locos y Los Lanzallamas*, llama “los saberes del pobre”, refiriéndose a Erdosain: “(...) su cultura, como la de los Espila, como la del propio Arlt en un principio, como la de Astier, no como la del Astrólogo, es una cultura fundada en lo que, de manera menos burguesa, se denomina como ‘los saberes del pobre’, esto es, los saberes rescatados de ‘diarios, revistas, manuales baratos, en bibliotecas populares que funcionaban en todos los barrios’ y que en la necesidad de una técnica (Erdosain y Arlt, como inventores, son unos obsesos por la técnica), son puestas en función de una *práctica* que, desde la miseria, se cumple como compensación del saber oficial y del capital inexistente: reemplazan, en último caso, a la *biblioteca de ilimitados libros ingleses* de Borges” (24).

Persistiendo aún en el ensueño, Erdosain cree que el “millonario melancólico y taciturno” le ofrece dinero para que sus inventos, que en este momento son sólo ideas, se hagan prácticos. Y cree que podría sobrevivir a existencia y la ciudad debido a ella. Cree que por el sólo hecho de hacer patentes sus inventos tendrá una vida próspera, sin complicaciones. Pero todo es una imagen difusa, que no existe en absoluto y que desaparece en cuanto Erdosain pisa, ahora mentalmente, las calles por las cuales se desplaza:

Triunfaría, ¡sí!, triunfaría. Con el dinero del “millonario melancólico y taciturno” instalaría un laboratorio de electrotécnica, se dedicaría con especialidad al estudio de los rayos Beta, al transporte inalámbrico de la energía, y al de las ondas electromagnéticas, y sin perder su juventud, como el absurdo personaje de una novela inglesa, envejecería; tan sólo su rostro empalidecería hasta adquirir blancura del mármol, y sus pupilas chispeantes como las de un mago seducirían a todas las doncellas de la tierra. (Los siete locos, “Los sueños del inventor”, 50)

Es preciso destacar, por último, el carácter de *fl â neur* que posee Erdosain. Para Rojas González, “Erdosain emprende caminos distintos, se refugia en el café y en el prostíbulo, se traslada constantemente en el ferrocarril, observa la conducta de los tenderos y los burgueses” (19). Con respecto a esto, al principio de la novela, en el capítulo “La sorpresa”, cuando Erdosain entra a la gerencia de la empresa azucarera y es avisado de que ha sido delatado, se retira y se dirige a caminar por la calle Chile y el Paseo Colón. Por la caracterización de Arlt, se colige que suele hacerlo; va constantemente a bares oscuros y decadentes –como el bar japonés de las primeras páginas, a prostíbulos enmohecidos y frecuente callejones que, por supuesto, no son los mismos lugares representantes de la ciudad que podría haber descrito Jorge Luis Borges en la misma época que Arlt: es decir, son parte de la Argentina canalla de las *Aguafuertes*, la Argentina invisible y profunda a la que se refería Mallea. Asimismo, el proceso de sus ensoñaciones que suceden en el capítulo “Los sueños del inventor” se lleva a cabo en calles bonaerenses como Charcas, Talcahuano, Arenales, Montevideo, Avenida Quintana, etc. Después de los hechos relatados anteriormente toma un boleto de tren para dirigirse a Témperley, hacia la quinta en donde vive el Astrólogo. Es un ser que vive vagando por las calles de Buenos Aires, pero al mismo tiempo es quien comete sus acciones más importantes en los límites de la gran metrópoli, que, en el tiempo en el que está contextualizada la novela, no se había expandido tanto como hasta el día de hoy.

Empero los antecedentes dichos más arriba y el estado de conciencia en el cual se encuentra Erdosain de principio a fin en la novela, la idea de la sociedad secreta no nace de él. Nace de la mente del Astrólogo, sujeto liminar al que referiremos en las líneas siguientes.

El Astrólogo es alguien que conoce Erdosain, quien, como dijimos, vive en los que en esa época eran las afueras de la ciudad, en una quinta en Témperley. Es en quien piensa en tercer lugar para pedirle el dinero que no tiene y así reponérselo a la Azucarera y no caer preso. Vale decir que a la primera visita de Erdosain al sitio del Astrólogo, el protagonista tiene claro que este último tiene un proyecto de sociedad revolucionaria particular; el proyecto de la sociedad secreta. Ya en la casa del Astrólogo, el narrador nos relata su primera aparición y describe minuciosamente su aspecto físico, bastante extravagante:

Una canilla mal cerrada goteaba en un tonel. Al pie del poste de una glorieta dormitaba un perro, y cuando se detuvo para llamar frente a la escalinata apareció por la puerta la gigantesca figura del Astrólogo, cubierta con un guardapolvo amarillo y la galera echada sobre la frente, sombreándole el anchuroso rostro romboidal. Algunos mechones de cabello rizado se escapaban

sobre sus sienes, y su nariz, con el tabique fracturado en la parte media, estaba extraordinariamente desviada hacia la izquierda. Bajo sus cejas abultadas se movían vivamente unos redondos ojos negros, y esa cara de mejillas duras, surcadas de estrías rugosas, daba la impresión de estar esculpida en plomo. ¡Tanto debía pesar esa cabeza! (Los siete locos, “El Astrólogo”, 52-53)

Como en muchas de las novelas y cuentos de Arlt, la figura del místico es transversal y fundamental. El Astrólogo, tras su entrada a la novela, deja una estela de misterio reconocible; vive en una casa siniestra, atravesada por telarañas, su cuerpo es grande, alto e imponente, con una cabeza que parece pesar demasiado y con una vestimenta esperpéntica y a la vez estereotípica, propia de quien maneja saberes esotéricos o de quien tiene cierta conexión con alguna especie de arista religiosa, de quien llama a aventurarse a algo enorme:

El guardapolvo amarillo del Astrólogo parecía la vestimenta de un sacerdote de Buda. (Los siete locos, “El Astrólogo”, 54)

A pesar de ser ambos sujetos liminares, resultan obvias las diferencias entre Remo y el Astrólogo. En primer lugar, no se dan pistas –al menos preliminarmente- sobre alguna compañía femenina que pueda tener el Astrólogo dentro del lugar en el cual vive. También es curioso el hecho de que viva a las afueras de la ciudad y la visite sólo para casos puntuales en algunos sucesos dentro de la trama del libro. Preliminarmente, no cabe duda que es más práctico que Erdosain, quien por su parte mira cabizbajo a su propia existencia y se limita a sufrir constantemente, a imaginar o idear formas de salir desde donde está sumido; el Astrólogo, junto con el Rufián Melancólico, de quien hablaremos más adelante, comienzan el proyecto y el místico, a su vez, tiene la voluntad más vehemente de crearlo a toda costa. Punto aparte, se convierte en evidente el hecho de que, para primera impresión de Erdosain, ambos quieren destruir al sistema del cual están hablando a su llegada y del cual tanto dudan, pero de una manera específica, como dice Rojas González: “La interrogación que tanto el Astrólogo como Haffner le aplican al sistema, nace no solamente del necesario examen político, económico y social de la coyuntura; nace también de la imaginación inevitable de poder pervertirlo al sistema, ya sea agudizando sus contradicciones o aniquilándolo por completo” (24), a lo cual ya nos referiremos más adelante.

Así, el Astrólogo, como personaje, se hace principal; si no estuviese, Erdosain, probablemente, no habría tomado jamás una decisión concreta con respecto a su existencia y permanecería impregnado de angustia, con imágenes rondándole y con acontecimientos atronadores. Él se muestra, además, más maduro, confiado, seguro y perspicaz que Erdosain. Es notorio que no lleva –o no quiere demostrar que lleva- la misma existencia angustiante de Remo. Por eso hay veces que lo increpa por su falta de voluntad, por su incapacidad para escapar de la miseria. Se hace evidente que el Astrólogo sabe mucho más de la vida de Erdosain que él mismo, y que a pesar de no compartir su modo de mirar al mundo, lo comprende:

-¿Hace mucho que usted vive de esa manera? -Sí, mucho. -¿Se acuerda usted que yo le dije una vez que de esa forma, aunque usted no me confiaba nada, no se puede vivir? –objetó el Astrólogo -Sí, pero no quería hablar del asunto. No sé... esas cosas que uno no puede explicarse por qué las calla a las personas con quienes más confianza tiene. (Los siete locos, “El Astrólogo”, 62)

Páginas más adelante se produce una conversación entre Erdosain y el Astrólogo aún más sincera, en la cual el primero le propone al segundo asesinar a Barsut para conseguir los

fondos destinados a la sociedad secreta y el segundo, ya habiéndose contaminado con el aire pesimista de Erdosain, le explica a Erdosain la condición de ambos, del Rufián Melancólico (Arturo Haffner), del farmacéutico Ergueta, su posición de desamparados frente al mundo, de alienados frente a la soledad, de místicos incomprendidos. En fin, le expone la angustia que los corroe a todos:

El Astrólogo se levantó, avanzó hasta Erdosain y, poniéndole la mano sobre la cabeza, dijo caviloso: -Tiene usted razón, hijo mío. Nosotros somos místicos sin saberlo. Místico es el Rufián Melancólico, místico es Ergueta, usted, yo [sic] ella y ellos...El mal del siglo, la irreligión nos ha destrozado el entendimiento y entonces buscamos fuera de nosotros lo que está en el misterio de nuestra subconciencia. Necesitamos de una religión para salvarnos de esa catástrofe que ha caído sobre nuestras cabezas. Me dirá usted que yo no le digo nada nuevo. De acuerdo; pero acuérdesese que en la tierra lo único que puede cambiar es el estilo, la costumbre, la substancia es la misma. Si usted creyera en Dios no habría pasado esa vida endemoniada, si yo creyera en Dios no estaría escuchando su propuesta de asesinar a un prójimo. Y lo más terrible es que para nosotros ha pasado ya el tiempo de adquirir una creencia, una fe. Si fuéramos a verlo a un sacerdote, éste no entendería nuestros problemas y sólo acertaría a recomendarnos que recitáramos un Padre Nuestro y que nos confesáramos todas las semanas. (Los siete locos, “La propuesta”, 121-122)

Sugiere bastante el hecho de que este párrafo, en boca del Astrólogo, se relacione con lo que decía Jean Paul Sartre en *El existencialismo es un humanismo*: el problema parece ser Dios y su existencia, pero realmente no lo es, puesto que los hombres modernos de por sí están desgajados de sí mismos. Por eso el Astrólogo, casi tan brutalmente atribulado como Erdosain, cree que el escape es la religión, pero entiende que el tiempo de adquirirla ya ha sucedido. Son sólo ellos versus una sociedad que se derrumba y que se derrumba con ellos, por eso el ideólogo de la sociedad secreta considera que la vía de escape es aquella. Es decir, ninguno de los locos que van a cooperar con la sociedad secreta puede salvaguardarse de la angustia, de la inseguridad de no saber cómo actuar frente a los hechos terrenales.

Sin embargo, en capítulos posteriores, en el momento en que el Astrólogo discute con Barsut después de haberlo secuestrado, aquel se muestra, nuevamente, seguro de sí mismo, como proyectando cierta tenacidad que a ojos de nadie o de sus compañeros más íntimos no posee. Acá es cuando sabe cuál es su verdadera facultad, cuál es su labor en el mundo, y se lo comunica a Barsut, mientras Erdosain lo observa asombrado:

-¿Manager de locos?... -Esa es la frase. Quiero ser manager de locos, de los innumerables genios apócrifos, de los desequilibrados que no tienen entrada en los centros espiritistas y bolcheviques... Estos imbéciles... y yo se lo digo porque tengo experiencia... bien engañados..., lo suficiente recalentados, son capaces de ejecutar actos que le pondrían a usted la piel de gallina. Literatos de mostrador. Inventores de barrio, profetas de parroquia, políticos de café y filósofos de centros recreativos serán la carne de cañón de nuestra sociedad. (Los siete locos, “El discurso del Astrólogo”, 194)

Es evidente, entonces, que el Astrólogo es el mayor ideólogo de la sociedad secreta, quien pareciera tener las ideas más claras –aunque el mismo objetivo difuso de los demás– y quien necesita de cooperadores para poder lograr sus objetivos, a los que a su vez,

tangencialmente, ayudará a alejarse de lo absurdo de sus vidas. Conoce su condición de líder y la hace manifiesta frente a otros:

-¿Usted también se cree genio? –estalló iracundo Barsut. -Yo también me creo genio... Claro que lo creo... pero cinco minutos y una sola vez al día..., aunque poco me interesa serlo o no. Las frases importan poco a los predestinados a realizar. Son los fronterizos del genio los que engordan con palabras inútiles. Yo me he planteado este problema que nada tiene que ver con mis condiciones intelectuales. ¿Puede hacerse felices a los hombres? Y empiezo por acercarme a los desgraciados, darlos por objetivo de sus actividades una mentira que los haga felices inflando su vanidad..., y estos pobres diablos que abandonados a si mismos no hubieran pasado de incomprendidos, serán el precioso material con que produciremos la potencia...el vapor... (Los siete locos, “El discurso del Astrólogo”, 195)

Se viene diciendo que el Astrólogo tenía distintas caretas, pero hasta el momento no nos hemos referido a sus pensamientos cuando no está acompañado. Con respecto a esto, él tiene presente que ha perdido el ánimo con todo lo sucedido: el secuestro de Barsut, las reuniones con los demás, etc. Se siente desgastado, pero, como dijimos, no lo demuestra hacia quienes lo rodean; sólo cuando está en completa soledad podemos percibir su verdadero espíritu:

Quería hacer saltar su pensamiento a una novedad exterior, que rompiendo el monorritmo de sus sensaciones le devolviera la presencia de ánimo que, anteriormente, a la determinación de asesinar a Barsut, estaba en él. (Los siete locos, “Sensación de lo subconsciente”, 311)

En fin, el Astrólogo se sabe semejante o igual que Erdosain, se conoce triste y decaído y se admite a sí mismo que la angustia es algo que atraviesa a todos los implicados en el proyecto de la sociedad revolucionaria, incluyéndolo. Se nos muestra esto de una manera conmovedora cuando reflexiona al colgar en un cordel los muñecos de Erdosain, El Rufián Melancólico y los otros sujetos liminares:

-¿Cómo poner en cada conciencia el entusiasmo revolucionario que hay en la mía? Eso, eso, eso. ¿Con qué mentira o verdad? ¡Qué rápido es el tiempo que pasa! ¡Y qué triste! Porque eso es cierto. Hay tanta tristeza en mí, que si ellos la conocieran se asombrarían. Y yo solo sostenerlo todo. (...) El tiempo que se escapa. Eso. Eso. Y todos que se dejan estar caídos como bolsas. Nadie que quiera volar. ¿Cómo convencerlos a esos burros de que tienen que volar? Y sin embargo, la vida es otra. Otra como ellos no la conciben tan siquiera (...) Y la misma carne que quiere volar. Todo en nosotros está deseando subir hasta las nubes, hacer reales los países de las nubes... pero ¿cómo?... Siempre aparece este ‘cómo’ y yo...yo aquí, sufriendo por ellos, queriéndolos como si los hubiera parido, porque los quiero a estos hombres... a todos los quiero. Están encima de la tierra porque sí, cuando debían estar de otro modo. Y sin embargo los quiero. Lo estoy sintiendo ahora. Quiero a la humanidad. Los quiero a todos como si todos estuvieran atados a mí [sic] corazón con un hilo filo (...) Y sin embargo soy feo. Mi enorme cara ancha es fea. Y sin embargo debiera ser lindo, lindo como un dios. Pero mi oreja es como un repollo y mi nariz como un tremendo hueso fracturado de un puñetazo. Pero qué importa eso. Soy hombre y basta. Y necesito

conquistar. Es todo. Y no daría uno solo de mis pensamientos a cambio del amor de la más linda mujer. (Los siete locos, “Sensación de lo subconsciente”, 314-315) En este importantísimo párrafo -intercalado con otros en los cuales el Astrólogo enfunda su mente caótica en los aspectos a considerar para la sociedad secreta- se confirma el insólito amor a la humanidad que profesa el Astrólogo en ese estado de ánimo en específico. Tan sólo por la compañía de alguien pasa de ser un misántropo, como Haffner, a ser un filántropo demacrado. A pesar de lo anterior, sabe que necesita seguir con el proyecto. Tiene claro que debe conquistar y que, a pesar de su fealdad invariable, es ésta su tarea.

Por otro lado, tenemos a otro personaje importantísimo: el Rufián Melancólico. Un “macró”, un “cafisho”, el Rey de los Prostibularios, quien será el encargado de conseguir dinero para la sociedad secreta por medio de las prostitutas y quien, además, es el que definitivamente le otorga el dinero necesario a Erdosain para poder devolverlo. Esto sucede cuando éste último se lo solicitaba al Astrólogo; Haffner escucha atentamente las razones: la angustia que inunda a Remo parece convencerlo inmediatamente, lejos de toda eventualidad esperada por el protagonista. Como decíamos, cuando están en la quinta del Astrólogo es cuando por primera vez Erdosain ve a este sujeto liminar que pertenece a los fondos del Buenos Aires que pervive a raíz de la explotación de mujeres. De manera que el narrador lo describe así:

Y Erdosain remiró aquel rostro casi redondo, con laxitud de paz, y en la que sólo denunciaba al hombre de acción la chispa burlona, movediza, en el fondo de los ojos, y ese movimiento de levantar una ceja más que otra al escuchar al que hablaba. Erdosain distinguió a un costado, entre el saco y la camisa de seda que usaba el Rufián, el cabo negro de un revólver. Indudablemente, en la vida, los rostros significan poca cosa. (Los siete locos, “El Astrólogo”, 53-54)

Arturo Haffner es quien, junto al Astrólogo, ya tiene la idea de crear esa “sociedad particularísima” que recordaba Erdosain al momento de ir a Témperley; el protagonista ya tenía referencias por acontecimientos que antes le relató el Astrólogo. Su semblante es pasivo y no demuestra mayor imponencia como lo hacía el Astrólogo, pero, al parecer, esconde más secretos: su misoginia, su intento de suicidio, el por qué se convirtió en cacheo –cuya explicación más probable es la necesidad, su pasado de profesor de matemáticas y lo poco que apuesta por el proyecto que le presentó el ideólogo del proyecto. Erdosain, antes de ver a Haffner por vez primera, se lo imaginaba. El Astrólogo le había referido el suceso en el cual casi pierde la vida; para el protagonista, el Rufián había tomado esa decisión porque su existencia plagada de prostitutas le era insuficiente para ser feliz. Pero verdaderamente nadie conoce el verdadero motivo de su intento, cuya obvia y necesaria valentía interior le otorgó su apelativo, además de tanta altivez frente a sus camaradas:

Erdosain examinaba ahora al Rufián Melancólico. Así lo llamaba el Astrólogo, porque el macró hacía muchos años había querido suicidarse. Fue aquél un asunto oscuro. Del día a la noche, Haffner, que hacía tiempo explotaba a prostitutas, se descerrajó un tiro en el pecho, junto al corazón. La contracción del órgano en el preciso instante de pasar el proyectil lo salvó de la muerte. Luego, como es natural, continuó haciendo su vida, quizá con un poco más de prestigio por ese gesto que ninguno de sus camaradas de rapiña se explicaba (...) (Los siete locos, “El Astrólogo”, 55)

Al despedirse Erdosain del Astrólogo y salir de su casa, el Rufián lo sigue y le comienza a esbozar sus duras ideas, ilustrándolas refiriéndose a una de sus prostitutas. Asimismo, el protagonista reconoce el mismo matiz que reconocería en los demás locos:

- Escúcheme bien. Si mañana me viniera a ver un médico y me dijera: la Vasca se muere dentro de una semana la saque o no del prostíbulo, yo a la Vasca, que me ha dado treinta mil pesos en cuatro años, la dejo que trabaje los seis días y que reviente al séptimo (...) La voz del macró había enronquecido. Había un no sé qué de amargura rabiosa en sus palabras, esa amargura que más tarde Erdosain reconocía en la voz de todos esos poltrones taciturnos y canallas aburridos (Los siete locos, "Las opiniones del Rufián Melancólico", 65)

Haffner es, como decíamos, un cafiche. Trabaja con prostitutas y éstas le dan bastante dinero, hecho por el cual pudo hacerle el cheque a Erdosain sin contratiempos. Tiene una filosofía de vida clara, la cual deja a Erdosain estupefacto y con cierta repugnancia. Comprende que el Rufián es basalmente distinto a él:

(...) Se ha dicho que la mujer es igual al hombre. Mentiras. La mujer es inferior al hombre. Fíjese en las tribus salvajes. Ella es la que cocina, trabaja, hace todo, mientras que el macho va de caza o a guerrear. Lo mismo pasa en la vida moderna. El hombre, salvo ganar dinero, no hace nada. (...) ¿Por qué cree usted que los padres de la Iglesia despreciaban tanto a la mujer? La mayoría de ellos habían vivido como grandes bacanes y sabían qué animalita es. Y la de la vida peor aún. Es como una criatura: hay que enseñarle de todo. 'Por aquí caminarás, frente a esta esquina no debes pasar, a tal 'fioca' no hay que saludarlo. No armes bronca con esa mujer'. Todo hay que enseñárselo.' (Los siete locos, "Las opiniones del Rufián Melancólico", 66-67)

Al principio se cree -por la presencia de Haffner en la casa del Astrólogo y los preparativos teóricos para la sociedad secreta- que aquel confía en el proyecto del místico. Pero no es así; está acompañándolo en el proyecto porque no tiene realmente nada que hacer, y el Astrólogo no desconoce su opinión. La abulia lo consume, puesto que lleva una vida de "industrial", de hombre moderno y burgués con una rutina clara que le da buenos resultados. Esto último es contrario a la vida -anterior al robo- de Erdosain, quien, como proletario, trabajaba en la Azucarera y, al parecer, no tiene tiempo libre. Entre ambos se produce el siguiente diálogo, el cual deja entrever lo que hemos dicho:

-Dígame... ¿Usted cree en el éxito de la empresa del Astrólogo? -No. -¿Y él sabe que usted no cree? -Sí -¿Y por qué usted lo acompaña? -Yo lo acompaño relativamente, y de aburrido que estoy. Ya que la vida no tiene ningún sentido, es igual seguir cualquier corriente. -¿Para usted la vida no tiene sentido? - Absolutamente ninguno. Nacemos, vivimos, morimos, sin que por eso dejen las estrellas de moverse y las hormigas de trabajar. -¿Y se aburre mucho usted? -Regular. He organizado mi vida como la de un industrial. Todos los días me acuesto a las doce y me levanto a las nueve de la mañana. Hago una hora de ejercicio, me baño, leo los diarios, almuerzo, dormo una siesta, a las seis tomo el vermouth y voy a lo del peluquero, a las ocho ceno, después salgo al café, y dentro de dos años, cuando tenga doscientos mil pesos, me retiraré del oficio para vivir definitivamente de mis rentas. (Los siete locos, "Las opiniones del Rufián Melancólico", 70-71)

Según Siemens, esta idea de Haffner de perseguir cualquiera de las corrientes disponibles recuerda a Camus y su filosofía: “Albert Camus afirmó que la identidad de una persona está constituida por sus acciones personales, sin que haga falta tomar en consideración normas que permitan calificar de buenas o malas dichas acciones” (28). Parece ser, además, que el Rufián es el único que puede percatarse de la inseguridad del Astrólogo; sabe que tiene ideas extravagantes que a veces varían y que su posición política es difusa. Confiesa que cree que el Astrólogo no sabe lo que quiere, y, como vimos, no se equivoca:

-Pero usted, en su interior, ¿qué piensa del Astrólogo? -Que es un maniático que puede tener o no éxito. -Pero sus ideas... -Algunas son embrolladas, otras claras, y, francamente yo no sé hasta dónde quiere apuntar ese hombre. Unas veces usted cree estar oyendo a un reaccionario, otras a un rojo, y, a decir la verdad, me parece que ni él mismo sabe lo que quiere (Los siete locos, “Las opiniones del Rufián Melancólico”, 71)

Si bien los restantes sujetos liminares relacionados con la sociedad secreta hacen su aparición casi en los últimos capítulos de la novela, cabe destacar algunas de sus características. Ellos son el Mayor, el Buscador de Oro, el Hombre que vio a la Partera – Bromberg o, para el Astrólogo, Alfon, quien simulará asesinar a Barsut- y, por último, La Coja.

El Mayor es alguien que inmediatamente llama la atención de Erdosain cuando éste llega a la reunión creada con el fin de organizar los jefes de las células de la sociedad secreta, la cual se celebra en la casa del Astrólogo. Es El Mayor quien tendrá la tarea de filtrar la sociedad secreta en el ejército; es idóneo para este cargo. Es un sujeto liminar de la sociedad y de las fuerzas armadas; está descontento del actuar político y militar de su país. Él, en la reunión, refiere a la posibilidad de implantar una dictadura en la Argentina y de cometer una revolución total. Su carácter disciplinario se hace patente de inmediato:

-Señores, yo les hablaré con palabras bien pesadas. Si no, no estaría aquí. Ocurre lo siguiente: Nuestro ejército está minado de oficiales descontentos. No vale la pena de enumerar los motivos, ni a ustedes les interesarán. Las ideas de ‘dictadura’ y los acontecimientos políticos militares de estos últimos tiempos, me refiero a España y a Chile, han pensar en muchos de mis camaradas que nuestro país podría ser también terreno próspero para una dictadura. (...) Suprimiremos las dos cámaras y el presupuesto del país será reducido a un mínimo. La administración del Estado será puesta en manos de la administración militar. EL país alcanzará así una grandeza nunca vista (Los siete locos, “La farsa”, 204 y 208)³

Pero probablemente lo más importante que posee el Mayor es su carácter ambiguo: en un momento levanta la voz y dice que ha logrado representar una comedia y plantar la mentira,

³ Resulta bastante significativo el hecho de que, bajo el inicio de este discurso de El Mayor, Arlt haya puesto una nota que refiere a los movimientos revolucionarios acaecidos en los años posteriores a la escritura y publicación del libro. Sin embargo, deja en claro que las ideas expuestas por él en boca de El Mayor son iluminadoras, casi proféticas: “Esta novela fue escrita en los años 28 y 29 y editada por la editorial Rosso en el mes de octubre de 1929. Sería irrisorio entonces creer que las manifestaciones del Mayor han sido sugeridas por el movimiento revolucionario del 6 de setiembre de 1930. Indudablemente, resulta curioso que las declaraciones de los revolucionarios del 6 de setiembre coincidan con tanta exactitud con aquellas que hace el Mayor y cuyo desarrollo confirman numerosos sucesos acaecidos después del 6 de setiembre”.

puesto que él no es realmente un Mayor del ejército argentino sino que alguien que se hace pasar por tal, según petición del Astrólogo. La mentira es la base de toda la sociedad secreta, y tratar de mentirle a los implicados en su construcción es uno de los primeros pasos para que se entienda el poder que aquella tiene. Siemens dice con respecto a esto que “el grupo de locos se propone llevar a la práctica un sistema revolucionario basado en mentiras, pues qué otra cosa podría esperarse de quienes han perdido contacto con los ‘absolutos’, de quienes viven de hecho en un mundo donde muchísima gente cree que cada persona debe crear la verdad a su paso por la vida” (26). De manera que Erdosain no puede creer la especie de comediantes que es capaz de reclutar el Astrólogo. A pesar de lo dicho antes, una nota del comentador –es decir, del propio narrador-⁴ deja en claro que el Mayor realmente sí lo era, y la reunión prosigue:

El Mayor se incorporó en su asiento y mirando a Erdosain, dijo sonriendo: - ¿Entonces reconoce usted que hago bien mi papel? - ¿Papel?... -Sí, hombre... yo soy tan Mayor como usted. -¿Se dan cuenta ahora ustedes del poder la mentira?- dijo el Astrólogo- Lo he disfrazado a este amigo de militar y ya ustedes mismos creían, a pesar de estar casi en el secreto, que teníamos revolución en el ejército. -¿Entonces? -Éste no fue nada más que un ensayo... ya que representaremos la comedia en serio algún día. Las palabras resonaron tan amenazadoras que los cuatro hombres se quedaron observando al Mayor, que dijo: -En realidad no he pasado de sargento (...) (Los siete locos, “La farsa”, 210-211)

Luego de lo enunciado, es el turno de El Buscador de Oro para comunicar su cometido. Es él el encargado de las Colonias de la sociedad secreta y de su consiguiente expansión. Al inicio, la apariencia física de El Buscador sorprende a Erdosain, puesto que él se había preformado una imagen de acuerdo a su nombre:

Erdosain se asombró al considerar el físico del otro. Se había imaginado a éste de acuerdo a los cánones de la cinematografía, un hombre enorme, de barbas rubias apestando a bebidas. No había tal cosa. El Buscador de Oro era un joven de su edad, la piel pegada sobre los huesos planos del rostro y palidísima, y renegridos ojos vivaces. La enorme caja torácica parecía pertenecer a un hombre dos veces más desarrollado que él. Las piernas eran finas y arqueadas. Entre el cinto de cuero y el paño del pantalón se le veía el cabo de un revólver. Tenía la voz clara, pero en él todo revestía un continente extraño, como si el sujeto estuviera compuesto de diferentes piezas humanas correspondientes a hombres de distintos estados. Así, su cara era la de un hombre de tapete acostumbrado a biquear tras de los naipes, su pecho el de un boxeador y las piernas pertenecientes a un jockey. (Los siete locos, “La farsa”, 213-214)

Erdosain, como nos dice el narrador, simpatizó inmediatamente con aquel hombre selvático de veintisiete años –de lo cual, ciertamente, se colige que Erdosain no puede haber pasado los treinta. Desde pequeño el Buscador vivió en el campo, mató disparándole a un ladrón y nuevamente se volcó a la llanura por temor a la tuberculosis. Había andado en su caballo por esos lugares durante un tiempo indecible.⁵ Así, El Buscador de Oro se refiere al Campo Chileno del sur, el que contiene mucho oro; recorrió Esquel, Arroyo Pescado y otros lugares

⁴ “NOTA DEL COMENTADOR: Más tarde se comprobó que el Mayor no era un jefe apócrifo, sino auténtico, y que mintió al decir que estaba representando una comedia”. (Los siete locos, “La farsa”, 210)

⁵ Es inevitable, en este caso, no hacer una comparación con la figura del gaucho en *El Gaucho Martín Fierro* (1872) de José Hernández.

junto a la Máscara, una prostituta de Esquel. Además, es semejante a Erdosain en lo obsesivo por nuevos inventos, ya que creía que podía haber oro pero rechazó la idea por absurda, para luego darse cuenta de que sí era posible, al haber leído un artículo médico que decía que el oro podía quedar suspendido en el agua convertido en partículas microscópicas. Uno de sus objetivos es, por ejemplo, estudiar la obtención metálica del oro en aquellos lagos dorados, los cuales llegan a parecer míticos.

De los sujetos liminares, El Buscador de Oro es el único que realmente estuvo sumido en lo específicamente opuesto a la metrópolis: el sur profundo, los cursos hídricos, el aire sin polución. El Rufián Melancólico –quien por antonomasia, junto a Erdosain, es el que vive más cerca del núcleo urbano y su mecanismo- se lo comenta:

-¿Sabe que es interesante lo que cuenta? Poniendo que no existiera oro, aquello es siempre más divertido que esta puerca ciudad. (Los siete locos, “La farsa”, 216)

El Rufián Melancólico, con esta afirmación, confirma lo que dice Rojas González con respecto a los personajes arltianos: “En todos ellos, la visión de la ciudad es fatal y apocalíptica; aumento el terrible odio hacia la humildad y hacia sí mismos, configurando aquella voluntad para transformarse en sujetos distintos, en sujetos criminales” (19). Por otro lado, El Buscador de Oro también confía mucho en la sociedad del Astrólogo; está muy animado con ello y se lo hace saber a Erdosain. En cuanto a su historia, al igual que la farsa –que finalmente no lo es- de El Mayor, lo del lago dorado es también una mentira maquinada. Cuando Erdosain se acerca a hablar con El Buscador, éste le confiesa que el lugar existe, pero que no lo ha encontrado. Al igual que el Astrólogo, cree en el imperio de la mentira, y cree a la vez en el Astrólogo, en lo extraordinario de su ser y sus ideas:

-¿Así que usted encontró el oro, no?...el oro... -Supongo que no creerá en esa novela de los “placeres”. -¿Cómo novela? ¿Así que el oro...? -Existe, claro que existe...pero hay que encontrarlo. Tan profunda era la decepción de Erdosain, que el Buscador de Oro agregó: -Vea, hermano... yo hablé con usted porque el Astrólogo me dijo que podía hacerlo. -Sí, pero yo creía... -¿Qué? -Que entre tantas mentiras, ésa sería una de las pocas verdades. -En el fondo es verdad. El oro existe... hay que encontrarlo, nada más. Usted debía alegrarse de que todo se esté organizando para ir a buscarlo. ¿O cree que esos animales se moverán si no fueran empujados por las mentiras extraordinarias? ¡Ah! cuánto he pensado. En eso estriba lo grande de la teoría del Astrólogo: los hombres se sacuden sólo con mentiras. Él le da a lo falso la consistencia de lo cierto; gentes que no hubieran caminado jamás para alcanzar nada, tipos deshechos por todas las desilusiones, resucitan en la virtud de sus mentiras. ¿Quiere usted, acaso, algo más grande? Fíjese que en la realidad ocurre lo mismo y nadie lo condena. Sí, todas las cosas son apariencias... dése cuenta... no hay hombre que no admita las pequeñas y estúpidas mentiras que rigen el funcionamiento de nuestra sociedad. ¿Cuál es el pecado del Astrólogo? Substituir una mentira insignificante por una mentira elocuente, enorme, trascendental (...) Si algún día se escribe la historia de ese hombre los que la lean y tengan un poco de sangre fría, se dirán: Era grande, porque para alcanzar a concretar sus ideales sólo utilizaba los medios al alcance de cualquier charlatán. Y lo que a nosotros nos parece novelesco, e inquietante, no es nada más que la zozobra de los espíritus débiles y mediocres, que sólo creen en el éxito cuando los medios para alcanzarlo son

complicados, misteriosos, y no simples. (Los siete locos, “El Buscador de Oro”, 221-222)

Con este discurso, El Buscador se muestra convulso, animoso, realmente excitado con la idea general; da en el meollo de la sociedad secreta, de sus específicas motivaciones y raíces, del alma trepidante del máximo gestor del proyecto. Noblemente, piensa que en los lugares que conoció se salvan las almas que enfermó la civilización, y pareciera que él es una de esas almas sanadas que aborrecen a la sociedad moderna, a las instituciones y a la burguesía y las consecutivas comodidades que ésta entrega, como también pasa con Erdosain y su condición social según Rojas González: “La rutina genera el odio y el aburrimiento típico de aquel miembro de la clase trabajadora que se deja explotar por las bestias no menos aburridas de la clase directora” (19). Así, se nos ilustra el discurso de El Buscador:

(...) Desafiando la soledad, los peligros, la tristeza, el sol, lo infinito de la llanura, uno se siente otro hombre... distinto del rebaño de esclavos que agoniza en la ciudad. ¿Sabe usted lo que es el proletariado, anarquista, socialista, de nuestras ciudades? Un rebaño de cobardes. En vez de irse a romper el alma a la montaña y a los campos, prefieren las comodidades y los divertimientos a la heroica soledad del desierto. (...) Las ciudades son los cánceres del mundo. Aniquilan al hombre, lo moldean cobarde, astuto, envidioso, y es la envidia la que afirma sus derechos sociales, la envidia y la cobardía. Si esos rebaños se compusieran de bestias corajudas lo hubieran hecho pedazos todo. Creer en el montón es creer que se puede tocar la luna con la mano (...) Cuando los primeros cristianos se sintieron mal en las ciudades se fueron al desierto. Allí a su modo se construyeron la felicidad. Hoy, en cambio, la chusma de las ciudades ladra en los comités (Los siete locos, “El Buscador de Oro”, 224-225)

Erdosain envidia a El Buscador de Oro. Envidia su fuerza, su coraje, sus duras palabras, su espíritu práctico; es algo que Remo no siente tener, pues él mismo es el hombre cobarde y desarraigado al que apela el aventurero.

El Hombre que vio a la Partera es otro de los sujetos liminares que componen la sociedad secreta; es quien parece ser el más silente de todos, el que teoriza menos y actúa más, pues, como sabemos, es él quien asesina –para ojos de Erdosain- a Barsut. Es un judío, especie de esclavo del Astrólogo, obsesionado por la Biblia (como Ergueta) y no puede dormir de noche pues ha visto a la partera, lo cual lo deformó y lo dejó con lesiones a nivel cerebral; un ser que parece inseguro pero que al fin y al cabo tiene la resolución más férrea como actor del crimen, aunque sus actos estén llevados a cabo a partir de órdenes del Astrólogo. En una conversación entre este último y Erdosain se nota su condición:

-¿Y quién lo va a asesinar a Barsut? -Bromberg, el que vio a la partera... -Usted no me había dicho... -Ni había objeto, porque de ese lado todo estaba resuelto (...) -Así que el asunto ya lo conocemos... -Usted, yo y Bromberg... -Demasiada gente para un secreto... -No, porque Bromberg es mi esclavo, es esclavo de sí mismo, que es lo peor. (Los siete locos, “El látigo”, 175)

A raíz de una duda que inquieta al Hombre que vio a la Partera en cuanto a si asesinar a Barsut constituiría un pecado -por cierto, como dijimos, obsesionado con la interpretación literal de la Biblia, el Astrólogo le explica la venida de la Nueva Iglesia, aunque sólo con el fin de tranquilizarlo y obtener sus manos para el crimen, pues es evidente que al Astrólogo, al menos por el momento, no le incumbe el tema:

(...) pero ¿por qué usted independientemente de otra escritura llega a admitir la existencia de varios cielos? Bromberg, guareciéndose en el pórtico, miró la jadeante oscuridad estremecida por la lluvia, luego contestó: -Porque los cielos se sienten como el amor. El Astrólogo miró sorprendido al judío, y éste continuó: -Es como el amor. ¿Cómo puede usted negar el amor si el amor está en usted y usted siente que los ángeles hacen más fuerte su amor? Lo mismo pasa con los cuatro cielos. Se debe admitir que todas las palabras de la Biblia son de misterio, porque si así no fuera el libro sería absurdo. La otra noche leía entristecido el Apocalipsis. Pensaba que tenía que asesinarlo a Gregorio, y me decía si está permitido verter sangre humana. (Los siete locos, “Sensación de lo subconsciente”, 308)

Luego, el Astrólogo le dice a Bromberg que nada importa que cometa el crimen, puesto que no habrá derramamiento de sangre... sólo será una estrangulación. Lo anterior denota de inmediato el carácter absurdo del Hombre que vio a la Partera., su situación de sujeto que, más allá de estar a las afueras de la sociedad, está a las afueras de la vida.

Para terminar con el análisis de los personajes principales, nos referiremos al último sujeto liminar que constituye parte esencial de la sociedad secreta y de la existencia alicaída del protagonista de la novela, en cuyos brazos cae Erdosain antes de que el crimen se lleve a cabo e incluso a quien le ofrece el suicidio en su honor: la esposa de Ergueta, La Coja, la ramera Hipólita⁶. Ella es una señora pecosa que tapa con una toca su cabello rojizo, con pestañas retocadas, una roja boca pintada y ropas que tienen cierto brillo cándido. En el capítulo que lleva su nombre está esperando a Erdosain en las afueras de la pensión, pues necesita que él haga algo por el farmacéutico, quien a juicio de La Coja ha perdido la cordura. Ella entra con él a su lugar y Erdosain, de un momento a otro, comienza a hacer una rápida síntesis de su estado de ánimo, confidenciando -rebajado y supeditado al cuerpo en atención y al rostro de paciencia de la mujer- a ella sus secretos y abandonando su esperable rol de preocupación respetuosa:

(...) ¿Así que se ha vuelto loco? –Pero de pronto, comprendiendo que no podría prolongar ese papel, dijo:- ¿Se da cuenta usted, señora? Me da una noticia extraordinaria, y sin embargo he permanecido impasible. Me duele estar así, vacío de toda emoción; quisiera sentir algo y estoy como un adoquín. Usted tiene que disculparme. No sé lo que me pasa. Usted me disculpará, ¿no? En otro tiempo, sin embargo, no estaba así. Recuerdo que era alegre como un gorrión. He ido cambiando poco a poco. (Los siete locos, “La Coja”, 229)

Por supuesto, a La Coja no le interesa en lo absoluto Erdosain ni menos sus condiciones, y comienza a hablar de ella, el modo por el cual Ergueta fue volviéndose loco, sus necesidades de dinero y de que su marido vuelva a la cordura.

⁶ En parte alguna de la novela se particulariza realmente quiénes son los siete locos. Hay seis que claramente lo son, por cumplir los requisitos de estar en la reunión más importante y por cometer acciones que ayuden a la gestación de la sociedad secreta: Erdosain, el Astrólogo, el Rufián Melancólico, el Mayor, el Buscador de Oro y Bromberg (El Hombre que vio a la Partera). Sin embargo, el puesto del séptimo de los sujetos podría ser ocupado o bien por Barsut, o bien por Ergueta o, por último, por La Coja, que es con quien nos quedamos para el análisis y el cumplimiento de los objetivos mencionados, puesto que ella, a diferencia de los otros dos, mantiene alguna vez, como nos dice el comentador, un diálogo de complicidad con el Astrólogo y, además, engaña a Erdosain cuando éste sucumbe ante ella. Barsut y Ergueta están, en cierta medida, psíquicamente temblorosos, pero no cooperan en la sociedad secreta directamente: uno es muerto por la misma y el farmacéutico acaba en un Hospicio.

Con respecto a lo anterior, el siguiente encuentro de ambos –en el capítulo “Dos almas”– es más íntimo. Ella lo acaricia y él no entiende; de pronto, se abalanza sobre su regazo y llora. Erdosain llora cansado sin consuelo sobre Hipólita, y después de ello, mientras toman mate, es cuando él le propone matarse; matarse porque no soporta el peso de lo sucedido, de su estado actual. Luego descubrimos que a La Coja una enorme angustia, como la de Erdosain, la inunda. Ella comienza a contarle su vida antigua como sirvienta y luego profundiza más en su tristeza prístina:

-Debe ser triste. -Sí, es muy triste ver felices a los otros y ver que los otros no comprenden que una será desdichada toda la vida. Me acuerdo que a la hora de la siesta entraba a mi piecita y en vez de zurcir mi ropa, pensaba: ¿yo seré sirvienta toda la vida? Y ya no me cansaba el trabajo, sino mis pensamientos. ¿Usted no se ha fijado qué obstinados son los pensamientos tristes? -Sí, no se van nunca (...) (Los siete locos, “Dos almas”, 275)

Confirma así que alguna vez tuvo una vida junto a la gente rica, sin embargo, como sirvienta. Se sabe diferente a los ricos. Es, así, un sujeto liminar:

Siempre con el peso de mis ideas. ¿Qué era lo que quería de la vida? ¿Entonces no lo sabía? En todas partes fueron amables conmigo. Más tarde he oído hablar mal de la gente rica... pero yo no supe ver esa maldad. Ellos vivían así. ¿Qué necesidad tenían de ser malos, no es cierto? Ellas eran las niñas y yo la sirvienta. (Los siete locos, “Dos almas”, 276)

En esos tiempos, Hipólita empezó a preguntarse sobre la mala vida. Quería conocerla, quería, quizás, pertenecer a ella. Pero no a la mala vida del placer sin objetivo claro, sino que alguna otra, noble, a la cual pudiera acceder:

-El primer mensual que cobré lo gasté en un montón de libros que hablaban de la mala vida. Me equivoqué, porque casi todos eran libros pornográficos... estúpidos... ésa no era la mala vida, sino la mala vida del placer... Y, quiere creerme, ninguna de mis amigas sabía explicarme, en substancia, lo que era la mala vida. (Los siete locos, “Dos almas”, 277)

Pero cuando la inocente Hipólita supo, por medio de un abogado, que la mala vida era librarse del cuerpo, entendió que eso debía hacer con la suya: ir hacia la prostitución, librarse, junto con el cuerpo, de todas las presiones externas, y hacerse culta para convertirse en más deseable.

(...) Estaba contenta, nunca estuve más contenta que ese día. La mala vida. Erdosain, era eso, librarse del cuerpo, tener la voluntad libre para realizar todas las cosas que se le antojaran a una. (Los siete locos, “Dos almas”, 279)

Así, después de una larga conversación, Erdosain se arroja nuevamente sobre Hipólita y ésta, no desconociendo su debilidad intrínseca, lo acoge. Piensa que es un hombre poco valiente, traslapado de consideraciones decadentes, como muchos desalmados repulsivos con los que se había acostado. Y no lo aprecia:

Estaba bien así. Reposaba en el regazo de la mujer y el calor de sus miembros traspasaba la tela, entibiándole la mejilla. Aquella situación además le parecía muy natural; la vida adquiriría ese aspecto cinematográfico que siempre había perseguido, y no se le ocurrió pensar en Hipólita, tiesa en el sofá, pensaba en él, era un débil y un sentimental (...) E Hipólita se dijo: ***-Toda la vida no hará nada más que quejarse y sufrir. ¿Para qué sirve un muchacho así? Tendría que***

mantenerlo. Y la rosa de cobre debe ser una pavada. ¿Qué mujer va a llevar en el sombrero adornos de metal, pesados, y que se ennegrecen? Todos son así, sin embargo. Los débiles, inteligentes e inútiles; los otros, brutos y aburridos. Todavía no he encontrado entre ellos uno digno de cortar el pescuezo a los otros, o de ser un tirano. Dan lástima. (Los siete locos, “Dos almas”, 287)

Más adelante, Erdosain le confiesa el crimen que cometerá e Hipólita, aparentemente asombrada, lo escucha atentamente. Ella sabe que está loco, y él sigue confirmándose cuando le cuenta que alguna vez pervirtió a una niña de nueve años revelándole el “misterio sexual”. Cuando Erdosain empieza intranquilo a decir que será abandonado por Dios al ser cómplice del asesinato de Barsut, Hipólita se arrodilla a sus pies con el fin de hacerle creer que él es límpido por su actuar, hermoso por su decisión. Pero lo que realmente quiere Hipólita es acercarse a la sociedad secreta, extorsionar al Astrólogo –a quien, como nos dice el comentador en el capítulo “Un crimen”⁷, conocerá próximamente- y obtener provecho propio. Así, se colige que en la continuación de *Los siete locos*, *Los lanzallamas*, Hipólita se une a la sociedad revolucionaria del Astrólogo y, como sujeto liminar, trata también de derrocar a la sociedad moderna:

Erdosain la levantó con dulzura infinita. Sentíase ablandado por una piedad infinita, la atrajo sobre su pecho, le alisó el cabello en la frente, y dijo: -Si supieras ahora lo fácil que va a ser morir. Como un juego. -¡Qué alma la tuya! ... -¡Pobre muchacho! -¿Por qué? Si ahora somos como dioses... Sentate a mi lado. ¿Estás bien así? Mirá, hermanita, todo lo que sufrí ha sido pagado con tus palabras. Viviremos un tiempo más... (Los siete locos, “Dos almas”, 301-302)

De manera que, a pesar de tener la posibilidad de haber profundizado más en los detalles -donde Erdosain es, en este caso, el más meritorio para ello- quedan llanamente caracterizados los que a nuestro parecer son los sujetos liminares más importantes de la novela y, con esto, los siete locos que conformarán la sociedad secreta del Astrólogo.

V.2 ¿Apropiación de la sociedad moderna?

Los personajes más importantes de los siete locos, como dijimos más arriba, quieren crear una sociedad secreta y revolucionaria que derroque a la sociedad moderna imperante (como las ilustradas por Berman y el propio Art) y que se convierta, en cierto modo, en una nueva sociedad fundada en la mentira. Para llegar a ello –o por lo menos a la idea de ello- los sujetos liminares tuvieron antes que sufrir la sociedad moderna en todas sus aristas: las instituciones más grandes, la burguesía, el capitalismo, la acaso provechosa tecnología, la irreligiosidad desamparada de las masas, el irrespeto de una ciudad tenaz que crece en infraestructura y habitantes castigados, además del influjo patente de poderes que son más grandes que ellos. El Astrólogo, por ejemplo, describe el estado social actual con una furia y una minuciosidad precisa, siguiendo a ratos el tópico literario o *leitmotiv* del *ubi sunt*:

Ahí está. Lo que debe hacerse. En otras épocas para nosotros hubiera quedado el refugio de un convento o de un viaje a tierras desconocidas y maravillosas. Hoy usted puede tomar un sorbete a la mañana en la Patagonia y comer bananas

⁷ “NOTA DEL COMENTADOR: Diríale más tarde Hipólita al Astrólogo: “Me arrodillé frente a Erdosain, en el momento en que se me ocurrió la idea de extorsionarlo a usted, aprovechando la confesión del proyecto del homicidio que me hizo él”.

en la tarde en el Brasil. ¿Qué es lo que debe hacerse? Yo leo mucho, y créame, en todos los libros europeos encuentro este fondo de amargura y de angustia que me cuenta de su vida usted. Vea Estados Unidos. Las artistas se hacen colocar ovarios de platino y hay asesinos que tratan de batir el récord en crímenes horrorosos. Usted que ha caminado lo sabe. Casas, más casas, rostros distintos y corazones iguales. La humanidad ha perdido sus fiestas y sus alegrías. ¡Tan infelices son los hombres que hasta a Dios lo han perdido! Y un motor de 300 caballos sólo consigue distraerlos cuando lo pilotea un loco que se puede hacer pedazos en una cuneta. EL hombre es una bestia triste a quien sólo los prodigios conseguirán emocionar. O las carnicerías. Pues bien, nosotros con nuestra sociedad le daremos prodigios, pestes de cólera asiático, mitos, descubrimientos de yacimientos de oro o minas de diamantes. Yo lo he observado conversando con usted. Sólo se anima cuando lo prodigioso interviene en nuestra conversación. Y así le pasa a todos los hombres, canallas o santos. (Los siete locos, “La propuesta”, 122)

Entonces es evidente que el descontento del Astrólogo –y de los demás sujetos que lo acompañan- existe. La sociedad no es como ellos la quieren y planean cambiarla por medio de su proyecto secreto. Pero para ello tienen que apropiarse de la sociedad moderna imperativa, y consiguen inspiración en movimientos como el Ku-Klux-Klan y su expansión en Estados Unidos. Cuando el Astrólogo y el Rufián Melancólico discuten sobre el proyecto a seguir en “El Astrólogo”, se nota que los medios para la sociedad a construir no son inocuos, sino sanguinarios y terribles, como los del KKK, inspirados en matanzas y en bastante dinero necesario para costear esas matanzas, el cual se transforma, inevitablemente, en un poder profundo. Sin embargo, esto no quiere decir que sólo se inspiren en ellos: también están presentes los bolcheviques, Lenin –a quien, según Erdosain, el Astrólogo se asemeja, Mussolini y otros tiranos históricos. Como dice Siemens, “en semejante sistema se fusilará a los obreros que no trabajen. Lenin y Mussolini se hallan en los polos opuestos del comunismo y del fascismo, y ninguno de los dos se distinguió por los medios que escogió para mejorar la suerte del individuo común (31). Así, el místico se pregunta si sería posible crear en el país, a partir de esta gama de influencias, una amalgama funcional:

-¿Qué es lo que se opone aquí en la Argentina para que exista también una sociedad secreta que alcance tanto poderío como aquélla allá? Y le hablo a usted con franqueza. No sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista. A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni Dios la entienda. Creo que no se me puede pedir más sinceridad en este momento. Vea que por ahora lo que yo pretendo hacer es un bloque donde se consoliden todas las posibles esperanzas humanas. Mi plan es dirigirnos con preferencia a los jóvenes bolcheviques, estudiantes y proletarios inteligentes. Además, acogeremos a los que tienen un plan para reformar el universo, a los empleados que aspiran a ser millonarios, a los inventores fallados –no se dé por aludido, Erdosain-, a los cesantes de cualquier cosa, a los que acaban de sufrir un procesos y quedan en la calle sin saber para qué lado mirar... (Los siete locos, “El Astrólogo”, 55)

De forma que, como se deja otear en las palabras del Astrólogo, la sociedad secreta no está en un principio bien definida. No acatará a ningún partido, ni color, ni bandera

en específico, y será deliberadamente brutal en su capacidad de captar adherentes decadentes y obedientes. La revolución social también estará estampada por un futuro basado en la ciencia y por un industrialismo férreo; Siemens afirma, con respecto a esto último, que “el mundo industrial es el punto más próximo al Manantial eterno e inmaculado a que logran llegar los personajes de *Los siete locos*” (34), quienes apelan muchas veces a las grandes capacidades de Henry Ford y Thomas Alva Edison. Además de lo dicho, también depositan su esperanza en una economía del mismo calibre –afirmada por tal industrialismo y por los prostíbulos del Rufián, además de la creación de un superhombre sabio –palabra que repetidamente dice el Astrólogo- y capaz de ser un líder de proletarios triturados mental y físicamente:

-Y el industrialismo. Hace falta oro para atrapar la conciencia del los hombres, [sic] Así como hubo el misticismo religioso y el caballeresco, hay que crear misticismo industrial. Hacerle ver a un hombre que es tan bello ser jefe de un alto horno como hermoso antes descubrir un continente. Mi político, mi alumno político en la sociedad será un hombre que pretenderá conquistar la felicidad mediante la industria. Este revolucionario sabrá hablar tan bien de un sistema de estampado de tejidos como de la desmagnetización de un acero. Por eso lo estimé a Erdosain en cuanto lo conocí. Tenía mi misma preocupación. Usted recuerda cuántas veces hablamos de la coincidencia de nuestras miras. Crear un hombre soberbio, hermoso, inexorable, que domina las multitudes y les muestra un porvenir basado en la ciencia. ¿Cómo es posible de otro modo una revolución social? El jefe de hoy ha de ser un hombre que lo sepa todo. Nosotros crearemos ese príncipe de sapiencia. La sociedad se encargará de confeccionar su leyenda y extenderla. Un Ford o un Edison tienen mil probabilidades más de provocar una revolución que un político (...) (Los siete locos, “El Astrólogo”, 63-64)

Por otro lado, es necesario aducir a las motivaciones de la creación de la sociedad moderna por parte de Erdosain, puesto que su actuar y los estímulos –como la humillante bofetada de Barsut- que causaron, entre otras cosas, que tomase la decisión de unirse al Astrólogo, son fundamentales para entender si esta sociedad secreta prosperaría o no. Si las raíces están podridas el árbol revolucionario no crecerá:

(...) Porque es curioso. Aquella bofetada que aun me hacía sangrar la encía, como el cuño de una prensa hidráulica estampó en mi conciencia las líneas definitivas de un plan de muerte. ¿Se da cuenta? Un plan son tres líneas generales, tres admisibles líneas rectas, nada más. Y en tumulto, se amontonaba mi regocijo sorbe ese relieve en frío cuyas tres sintéticas líneas encerraban esto: secuestrar a Barsut, hacerlo matar y con su dinero fundar la sociedad secreta que deseaba el Astrólogo. ¿Se da cuenta usted? El plan del crimen surgió espontáneamente en mí, mientras que el otro hablaba tristemente de nuestras dos almas condenadas. El plan apareció en mí como si lo hubieran estampado en una plancha de hierro a miles de libras de presión (Los siete locos, “La bofetada”, 107)

La voluntad y la confianza de todos también son importantes en cuanto al proyecto de logia que se pretende llevar a cabo para derrumbar los cimientos de la sociedad moderna. Ya vimos lo que pensaba Haffner sobre la sociedad –moderna y secreta, y también los pensamientos del Astrólogo, quien, sorprendentemente, en algún momento confiesa la posibilidad de la equivocación de la sociedad nueva constituida de títeres que representarán

perpetuamente una comedia. Erdosain, por su parte, está humillado, pero también sabe que lograr algo tan grande como lo que pretende el Astrólogo es algo casi imposible; una especie de idea poética, como las rosas de cobre, que simbolizaría su capacidad de “ser alguien”:

¿Me importa matarlo? Seamos sinceros. ¿Me importa matarlo? ¿O es que no me importa nada? ¿Qué me da igual que viva? Y sin embargo quiero tener voluntad de matarlo. Si ahora viniera un dios y me preguntara: ¿Quieres tener fuerzas para destruir a la humanidad? ¿Yo la destruiría? ¿La destruiría yo? No, no la destruiría. Porque el poder hacerlo le quitaría interés al asunto (...) Yo mismo estoy descentrado, no soy el que soy, y, sin embargo, algo necesito hacer para tener conciencia de mi existencia, para afirmarla. Eso mismo, para afirmarla. Porque yo soy como un muerto. No existo ni para el capitán ni para Elsa, ni para Barsut. Ellos si quieren pueden hacerme meter preso, Barsut abofetearme otra vez, Elsa irse con otro en mis barbas, el capitán llevársela nuevamente. Para todos soy la negación de la vida. Soy algo así como el no ser. (Los siete locos, “Ser’ a través del crimen”, 113)

A ratos el proyecto secreto da visos de absurda utopía, con jerarquías inconcebibles e instrumentos y armas a conseguir que parecen imaginaciones burdas, como cuando en la reunión en la casa del Astrólogo, en la cual Erdosain conoce al Buscador de Oro y a El Mayor, se hace una pequeña lista con los implementos primarios, la cual, por cierto, se había hecho más obstinadamente en capítulos anteriores, pero construida a partir de la excitación, nuevamente, del Astrólogo:

(...) Otra de las cosas que me preocupa es el mantenimiento del secreto en la sociedad. Yo había pensado lo siguiente: En cada punto del estado habrá una célula revolucionaria. El comité central radicará en la capital. Entonces, este comité estaría organizado de la siguiente forma: jefe de capital de provincia, miembro del comité central, jefe del distrito de provincia, miembro del comité de la capital de provincia, jefe de villa principal, miembro del comité del distrito cabeza. -¿No le parece muy complicado a usted? -No sé, se estudiaría. Otros detalles de organización que se me han ocurrido son: cada célula dispondrá de un transmisor y receptor radiotelegráfico, siendo además obligación que cada diez asociados adquieran un automóvil, diez fusiles, dos ametralladoras, debiendo a su vez cien miembros costear el precio de un aeroplano de guerra, bombas, etc., etc. Los ascensos serán por disposición del consejo superior, las elecciones de categoría inferior se registrarán por votaciones calificadas (...) (Los siete locos, “La propuesta”, 128-129)

La utopía también asoma en la mente de Erdosain, quien bastante entusiasmado imagina cómo será ese limpio mundo nuevo, de deseos finiquitados y procesiones hacia las nuevas divinidades. Un mundo edificado por la sociedad secreta:

Sin poderlo evitar, evocaba una tierra de posible renovación. La humanidad viviría en perpetua fiesta de simplicidad, ramilletes de estroncio tachonarían la noche de cascadas de estrellas rojas, un ángel de alas verdosas soslayaría la cresta de una nube, y bajo las botánicas arcadas de los bosques se deslizarían hombres y mujeres, envueltos en túnicas blancas, [sic] Y limpio el corazón de la

inmundicia que a él lo apestaba (...) (Los siete locos, “Discurso del Astrólogo”, 188)

La diversidad de opiniones por parte de los sujetos liminares en cuanto al carácter de la sociedad secreta también es una evidencia preliminar de que el proyecto podría, en una eventualidad no demasiado aventurada, fracasar. Así, en la reunión El Mayor se pronuncia sobre la posición política que debiese tener la sociedad revolucionaria, la cual es fija; un comunismo auténtico germinado por una inquietud inconfundiblemente revolucionaria:

(...) Lo que conviene, y no se asombren de lo que les voy a decir, es darle a la sociedad un aspecto completamente comunista. Les digo esto porque aquí no existe el comunismo, y no se puede llamar comunistas a ese bloque de carpinteros que desbarran sobre sociología en una cuadra donde nadie se quita el sombrero (...) Toda sociedad secreta es un cáncer en la colectividad. Sus funciones misteriosas desequilibran el funcionamiento de la misma. Pues bien, nosotros los jefes de células, les daremos a éstas un carácter completamente bolchevique. –Fue la primera vez que esa palabra se pronunció allí, e involuntariamente todos se miraron- (...) (Los siete locos, “La farsa”, 206)

La enumeración casi esquizofrénica –teñida de la técnica de la corriente de la conciencia- del Astrólogo acerca de los ámbitos a considerar en la sociedad secreta también es otro factor a considerar. Es sugerente que, casi al final del libro, el místico vaya perdiendo más el control de sí mismo y, con ello, del proyecto de sociedad:

Pensaba: -Es necesario instalar fábricas de gases asfixiantes. Conseguirse químico. Células, en vez de automóviles camiones. Cubiertas macizas. Colonia de la cordillera, disparte. O no. Sí. No. También orilla Paraná una fábrica. Automóviles blindaje cromo acero níquel. Gases asfixiantes importante. En la cordillera y en el Chaco estallar revolución. Donde haya prostíbulos, matar dueños. Banda asesino en aeroplano. Todo factible. Cada célula radiotelegrafía. Código y onda cambiante sincrónicamente. Corriente eléctrica con caída de agua. Turbinas suecas. Erdosain tiene razón. ¡Qué grande es la vida! ¿Quién soy yo? Fábrica de bacilos bubónica y tífus exantemático. Instalar academia estudios comparativos revolución francesa y rusa. También escuela de propaganda revolucionaria. Cinematógrafo elemento importante. Ojo. Ver cinematógrafo. Erdosain que estudie ramo. Cinematógrafo aplicado a la propaganda revolucionaria. Eso es. (Los siete locos, “Sensación de lo subconsciente”, 313-314)

Hacia al final del libro, el Astrólogo y Erdosain, antes del falso asesinato de Barsut por manos de Bromberg, mantienen una conversación crucial. Ellos creen que, con la sociedad secreta, pueden inaugurar la era del Monstruo Inocente; la idea de la aspiración de hombres insanos, cobardes y bañados en cristianismo a un futuro mejor, por medio de la acaparación de los principios más opuestos. La idea es que la civilización nueva germine en las imaginaciones como legado de las ideas del Astrólogo. El entusiasmo va en aumento al mismo tiempo que la incapacidad de razonar fríamente; Erdosain y el Astrólogo están, como última fase de su exaltación sobre la utopía que planean crear, en el momento en que creen que llegarán a ser divinidades intocables. Es cierto, como dice Rojas González -y haciendo una somera alusión a una característica del estilo de Arlt- que “el discurso narrativo arltiano, enfocado principalmente desde Erdosain y el Astrólogo, es un discurso de la (im)posibilidad de la rebelión llevado a su extremo tanto en la ficción como en la cotidianidad real de la

urbe. Leyendo a Arlt, nos aseguramos, que el hombre de la ciudad ha nacido cobarde” (21). Así, es ésta, junto con las otras, la circunstancia última que vislumbra la idea posible de que lo que nació de pensamientos vástagos de la desilusión se convertirá, inevitablemente, en un fracaso:

Bajo el sol, evitando los charcos, se encaminaban hacia la morada. Y Erdosain se decía: -Y la ciudad de nosotros, los Reyes, será de mármol blanco y estará a la orilla del mar... y seremos como dioses. -Y mirándole con los ojos resplandecientes, dijo a su compañero: ¿Sabe usted que algún día seremos como dioses? -Es lo que la gente bestia no comprende. Los han asesinado a los dioses. Pero día vendrá que bajo el sol correrán por los caminos gritando: “Lo queremos a Dios, lo necesitamos a Dios”. ¡Qué bárbaros! Yo no me explico cómo lo han podido asesinar a Dios. Pero nosotros los resucitaremos... inventaremos unos dioses hermosos... supercivilizados... ¡y qué otra cosa será entonces la vida! -¿Y si fracasara todo? -No importa... vendrá otro... vendrá otro que me substituirá. Así tiene que suceder (...) (Los siete locos, “El guiño”, 344)

Con respecto al fracaso en el cual piensa Erdosain, la fe depositada en el éxito de una humanidad ideal y el concepto de una búsqueda sin fin específico, Siemens también afirma algo importantísimo: “La búsqueda que realiza el héroe fracasa por la distancia que existe entre las *aspiraciones* míticas y su incapacidad para entrar en contacto con lo que denomino el reino del Ser. Al parecer, Arlt quiere decir que, si el mundo de su novela es el único que existe, la humanidad está condenada a una existencia peor que la de muchos autómatas” (45).

En fin, ¿se apropian o no los siete locos de la sociedad moderna? Creemos que la respuesta a esta pregunta es neblinosa, puesto que todo lo relatado en el libro de Arlt sucede, como dice alguna vez el comentador, en sólo tres días. Además de ello es preciso considerar la existencia de la continuación de *Los siete locos: Los lanzallamas* (1931), en donde seguramente sucederán los acontecimientos definitivos que guiarán a los sujetos liminares al éxito tremendo o al ingente fracaso. Pero en principio, y según las evidencias que hemos mencionado, consideramos que todo acabará como empezó: en un angustioso desastre.

VI. Para terminar

De un encontronazo un faquín lo arrojó contra un muro. Erdosain se detuvo espantado, apretó el dinero convulsivamente en su bolsillo, y excitado, ferozmente alegre como un tigrecito suelto en un bosque de ladrillo, escupió a la fachada de una casa de modas, diciendo:

-Serás nuestra, ciudad.

Roberto Arlt

La mediocridad para algunos es normal la locura es poder ver más allá.

Sui Generis

En el capítulo final, “El guiño”, el Astrólogo define la locura: “Lo que llamamos locura es la descostumbre del pensamiento de los otros” (Los siete locos, 343). Es fundamental comprender estas palabras para encaminarse en el derrotero de lo que probablemente pasará con la sociedad secreta y revolucionaria. *Los siete locos* finaliza con un Astrólogo emocionado por la consecución del asesinato y un Erdosain repleto de descanso y también satisfecho –después de haber dormido veintiocho horas. Es un nuevo hombre luego de la transformación y su consecuente resucitación; también hay esperanza, pero es la misma esperanza que poseen –y desean- durante toda la novela. Pero, más allá de la metamorfosis personal, la verdad es que el intento concreto de haber cambiado la sociedad de Argentina por medio de este hecho aislado terminó en vacío. Para Siemens, “Erdosain nunca reemplazará a la sociedad argentina existente en su época con otra nacida de su febril imaginación. Lo único que puede hacer es romper las leyes, y acabar destruido en el intento (29), lo cual con probabilidad se verá en *Los lanzallamas*.”

De modo que las preguntas -y también la respuesta fundamental- tiene que partir desde el título del relato que nos convocó: ¿Los siete locos, los sujetos liminales, están realmente trastornados a nivel mental, es decir, psíquicamente locos? ¿Han perdido la cordura? ¿La angustia los sumió en un delirio sólo explicable a través de la creación de una sociedad irreal? ¿Lo que buscan es algo imposible o sus ideas tienen muchas más piedras angulares que cualquier otra pensada por líderes reales, como Mussolini, Lenin, Ulises, Aníbal, Napoleón? Resulta difícil contestar a esta respuesta, pues el título mismo de *Los siete locos* denota a siete sujetos que perdieron en algún momento la cordura y connota a siete individuos, con las mismas condiciones, que se angustiarán, pensarán, dudarán, sufrirán y, por sobre todo, divagarán sobre la posibilidad de una sociedad secreta. Como hemos dicho hasta acá, estos locos se caracterizan por su capacidad de “cometer” discursos, engendrar ideas y evitar acciones –exceptuando el asesinato de Barsut en manos de Bromberg, el más discreto. Son seres existencialistas que se limitan al ensueño y a la posibilidad de un futuro próspero, lo cual atañe, además de Erdosain, sobre todo al Astrólogo. Siemens refiere a su caso haciendo alusión, a su vez, a Hoffer, autor de *The True Believer* (1951)⁸: “El Astrólogo de Roberto Arlt encaja mejor en la categoría que Eric Hoffer reserva en *The True Believer* para el intelectual que pone en acción un movimiento de masas, que en la categoría del Anciano Sabio de los sueños y de los mitos. Según la

⁸ Siemens cita este libro en el mismo texto *Mundos que renacen. El héroe en la novela hispanoamericana moderna*, sin especificar año de edición o editorial. Discúlpese la carencia de referencia.

teoría de Hoffer, los cimientos ideológicos de todo movimiento de masas deben haber sido colocados por un ‘hombre de palabras’, el cual quizá sea incapaz de realizar una sola de las acciones prescritas por él mismo como absolutamente necesarias” (33). Al fin y al cabo, es decisivo el hecho de que el Astrólogo –el máximo gestor, la cabeza de toda la sociedad secreta- sea, en fin, un hombre de palabras y no de acciones.

En cambio el título de la continuación de la novela que fue objeto de estudio de este trabajo, *Los lanzallamas* (1931), evidencia en el artículo definido y en el correlacionado sustantivo plural cierto accionar de algunos, de ciertos individuos, quienes podrían ser los siete sujetos liminares, aunque aquel pueda terminar en un acaecimiento frustrado: los mismos sujetos que, probablemente con las armas e instrumentos –literales o metafóricos- que deseaban en la primera parte de la historia, intentarán persistir con ese proyecto de sociedad secreta en aras de un obrar y no de un mero idear; quizás al fin alejándose de un simple cavilar sobre inseguridades.

Bibliografía

- Arlt, Roberto. *Los siete locos*. Buenos Aires: Losada, 2004.
- Arlt, Roberto. *Nuevas aguafuertes*. Buenos Aires: Losada, 1975.
- Arlt, Roberto. *Las muchachas de buenos aires; Pícaros sin historia (Aguafuertes porteñas)*. Buenos Aires: Edicom, 1969.
- Berman, Marshall. "Prefacio" e "Introducción. La modernidad: ayer, hoy y mañana" en *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. México D.F: Siglo Veintiuno, 2003.
- Bobbio, Norberto. *El existencialismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Camus, Albert. "Introducción" en *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada, 1975.
- Flores, Ángel. "La generación de 1910-1939" en *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981, v.3: historia y antología*. México: Siglo Veintiuno, 1984-1985.
- Flores, Ángel. "La generación de 1940-1969" en *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981, v.4: historia y antología*. México: Siglo Veintiuno, 1984-1985.
- Goic, Cedomil. "Capítulo XIII y XIV" en *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso: Universitarias de Valparaíso, 1980.
- Mallea, Eduardo. *Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires: Anaconda, 1938.
- Rojas González, Gonzalo. "Una aproximación a *Los siete locos* y *Los lanzallamas*" en *Revista Descontexto, N°2*, 2000.
- Sartre, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Sur, 1980.
- Siemens, William. "Introducción" y "Los siete locos. Roberto Arlt" en *Mundos que renacen. El héroe en la novela hispanoamericana moderna*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.